



NITRO/PRESS

FORCA Noroeste

Instituto Sudcaliforniano de Cultura
Gobierno del Estado de Baja California Sur
Secretaría de Cultura

nenitas

Sylvia Aguilar Zéleny



PREMIO REGIONAL DE CUENTO CIUDAD DE LA PAZ 2012



Foto: S. A. Z.

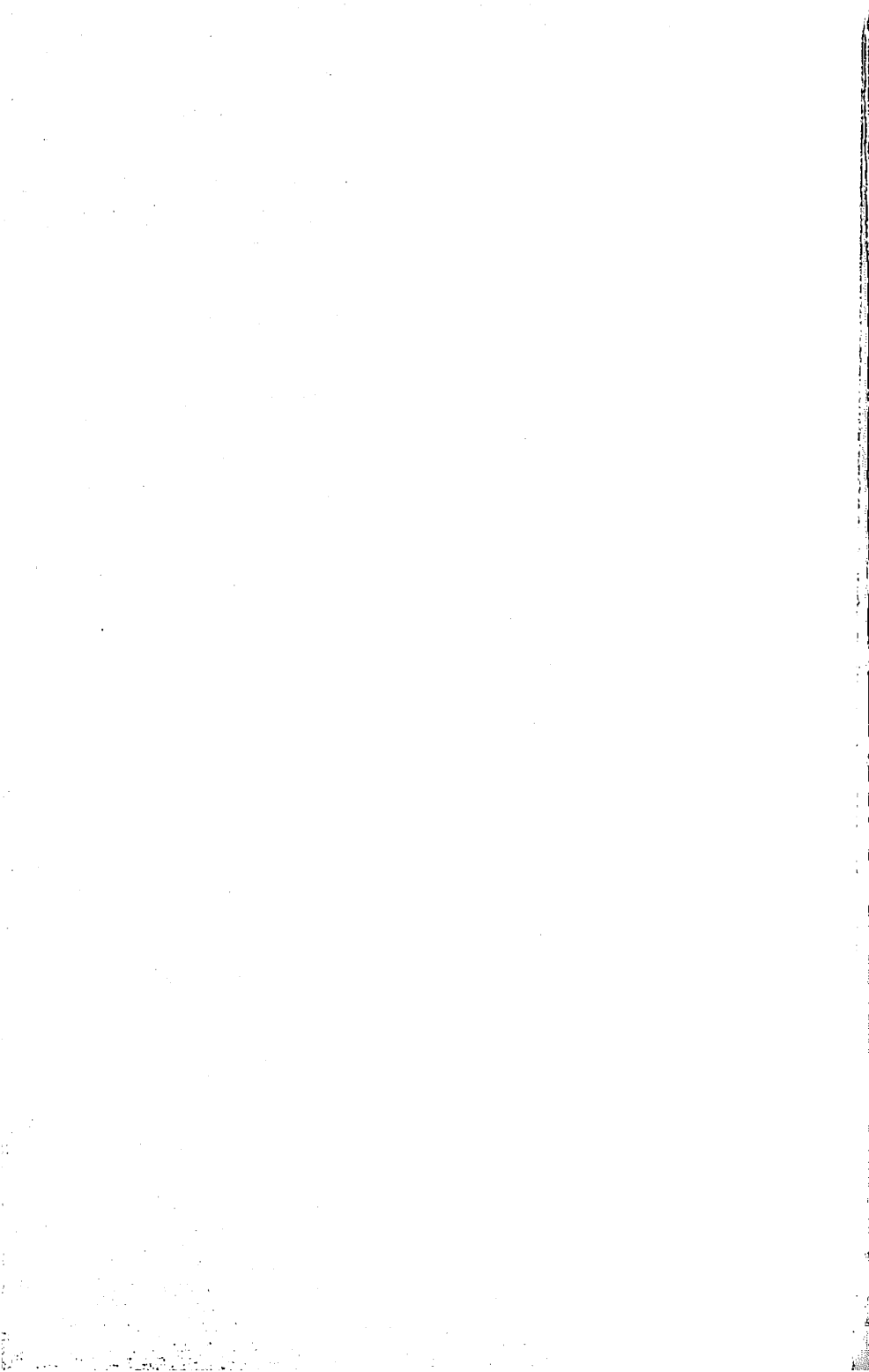
Sylvia Aguilar Zéleny (Sonora, México, 1973). Autora de los libros de cuento: *Gente menuda* (Voces del Desierto, 1999), *No son gente como uno* (ISC, 2004), y de la novela *Una no habla de esto* (Tierra Adentro, 2008). *Nenitas* resultó ganador en los Premios Regionales y Estatales Ciudad de La Paz, 2012. Ha sido becaria del Fondo Estatal y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Actualmente es profesora en el Departamento de Escritura Creativa en la Universidad de Texas. Teje bufandas en invierno. Su bicicleta se llama Blanche Dubois.





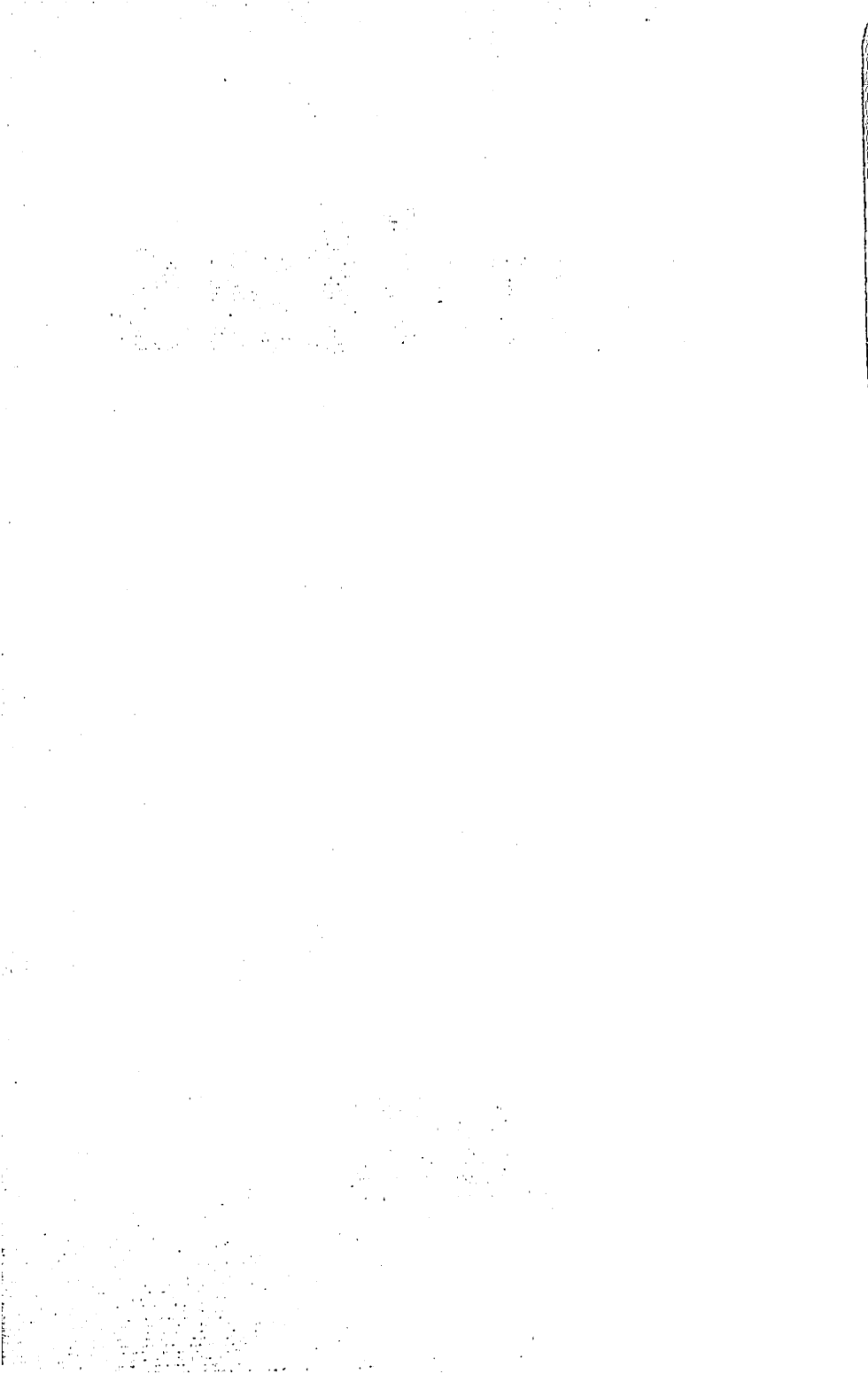
NITRO/PRESS





nenitas







NITRO/PRESS

FORCA Noroeste



nenitas

Sylvia Aguilar Zéleny

PREMIO REGIONAL DE CUENTO CIUDAD DE LA PAZ 2012



Primera edición: Agosto 2013

Primera reimpresión: octubre 2016

© Instituto Sudcaliforniano de Cultura

© NITRO/PRESS

ISBN: 978-607-8256-11-2

Dirección editorial: Mauricio Bares

Dirección de arte: Lilia Barajas M.

FONDO REGIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES DEL NOROESTE

Secretaría de Cultura

Instituto de Cultura de Baja California

Centro Cultural Tijuana

Instituto Sonorense de Cultura

Instituto Sinaloense de Cultura

Instituto Sudcaliforniano de Cultura

www.culturabcs.gob.mx

Impreso en México

Printed in Mexico

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización escrita del editor.

www.nitro-press.com

editorial.nitropress@gmail.com

 www.facebook.com/nitro.press

 @NITROPRESS

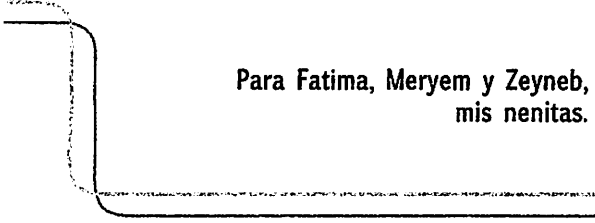
Miembro de:



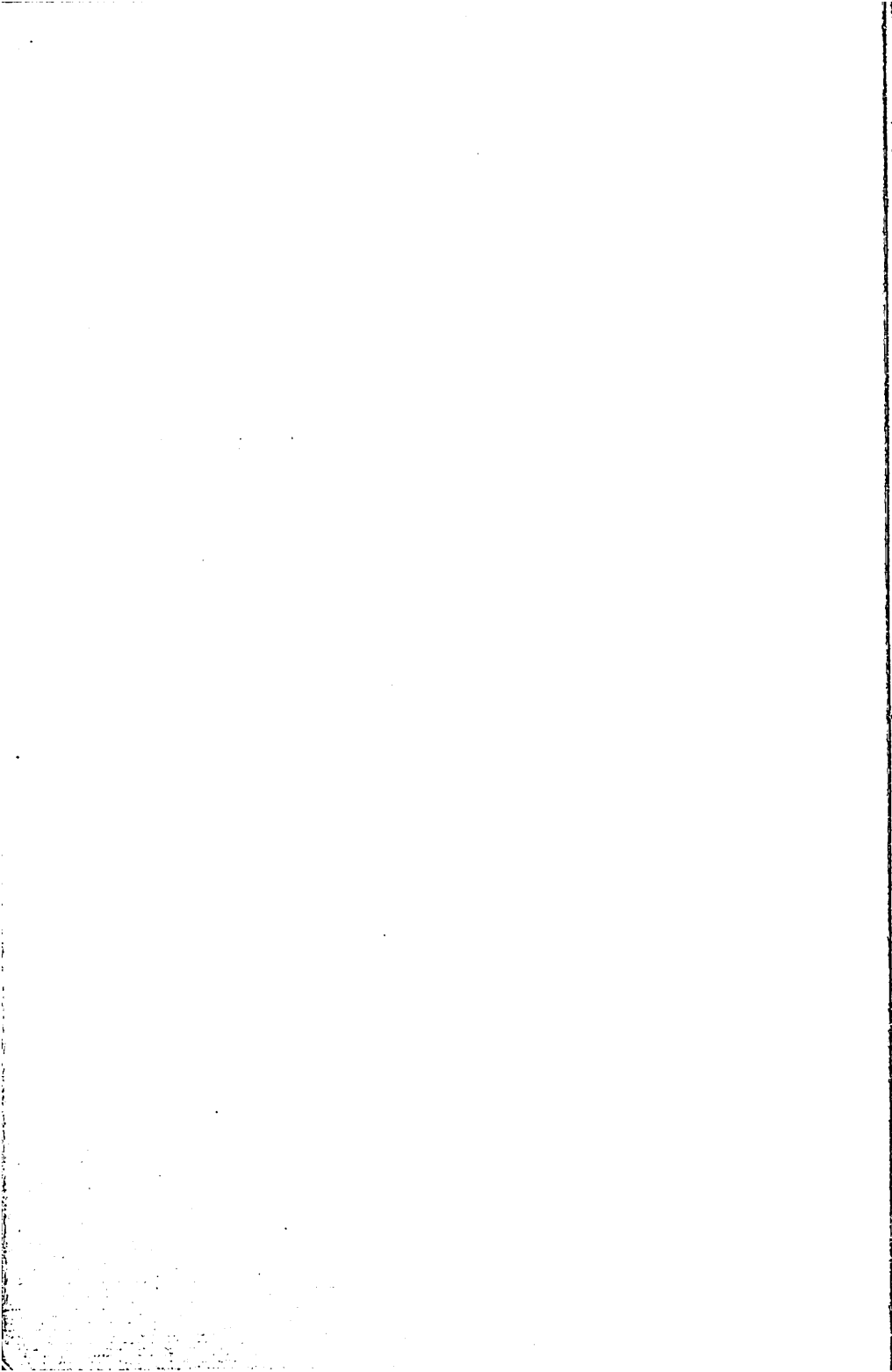
Contenido

Total	13
Puro taconazo	17
Nenitas	21
Sobreexpuestos	25
Sueño con la bahía	29
El día que murió papá	33
Los platos eran enormes	43
Nunca rabia	47
Morder la vida toda	49
Yo, duelo	59
Odio-mi-vida	63
Todos los tíos de este país	71
Run for life	77
Hábitos de sueño	81
P y P	85
El mundo después del agua	89





**Para Fatima, Meryem y Zeyneb,
mis nenitas.**



*I look for myself and I can't find me,
I only find someone else's idea of me.*

Cristina Escofet



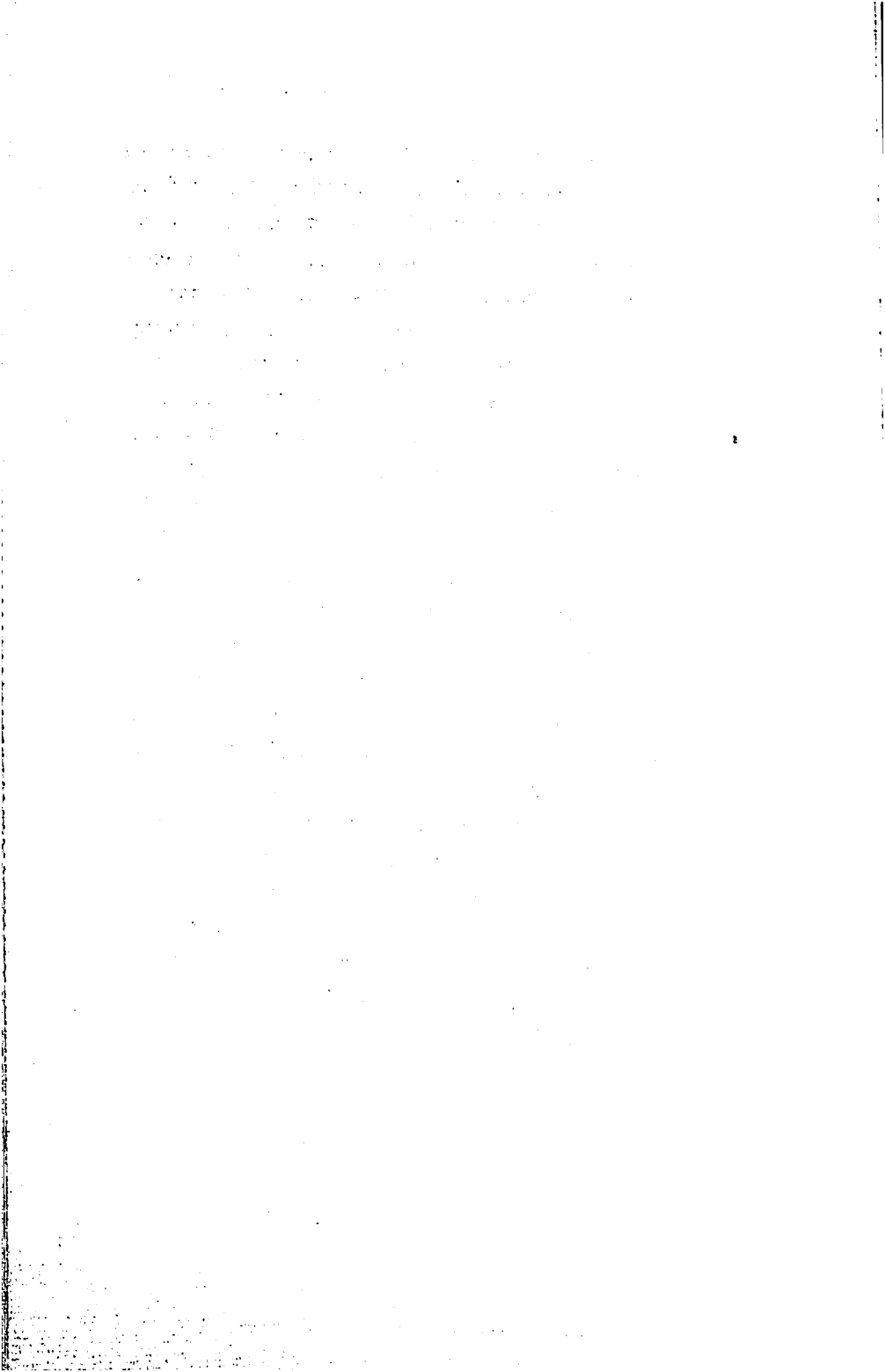
Total

Cierro los ojos, tengo ocho años. Es sábado. Y, como todos los sábados, hay fiesta en casa. Misma gente. Misma comida. Mismo-disco-de-Vicky-Carr. La cantante favorita de Papá, enemiga de Mamá. Papá dice que no hay otra mujer como ella. Mamá dice lo mismo pero en otro tono. Avanzo entre mesas con platos, vasos, botellas. Tomo un poco de vino, nadie se da cuenta. Me acomodo en un rincón de la sala con un cargamento de carnes frías. Observo todo. Mamá trata de socializar con los amigos de papá y, como cada sábado, las cosas no resultan. Ella intenta opinar de esto, de aquello, papá le pide las aceitunas o que se traiga la botella de whisky. Pasarán los años, a Mamá de todos modos no le quedará claro que en esta ciudad la diversión separa: hombres acá, mujeres allá. Mamá seguirá otros muchos sábados diciendo a sus amigas que en Guadalajara las fiestas no son así. Algunas de ellas continuarán preguntándole, ¿y cómo eran, Alicia?, las demás, se levantarán del sillón e irán a cualquier otro lugar donde no escuchan una vez más sobre las fiestas de la familia en Guadalajara. Mi mamá bebe, total, se emborrachará igual que papá, sin papá, para molestar a papá. Lo hará cada sábado hasta que un día tendrán que quitarle la vesícula y el doctor diga: señora, ya no podrá tomar alcohol, y mi mamá replique: doctor, yo no bebo, una copita de vino muuuuy a la larga, y nosotros diremos: es cierto, doctor, ella no bebe: una copita de vino muuuuy a la larga. Papá pide el dominó, mamá lo trae. Ésa es su dinámica, uno pide, el otro hace.

Nenitas

Corrección: Él pide, ella hace. Cuando no es eso son los monosílabos, ¿quieres?, sí, ¿vienes?, no. Somos familia de monosílabos. Pero aún no me he dado cuenta de eso. Hablaré de ello, de los monosílabos, cuando no estemos juntos, cuando tenga años de ni siquiera dirigirles monosílabos y le pregunte a la terapeuta ¿por qué cree que tengo un problema de comunicación?, y ella me diga: son cosas que generalmente tienen que ver con la familia, ¿qué me puedes decir de la tuya?, y yo ni siquiera sabré por dónde comenzar, diré que no hay nada que pueda decir de mi familia, hablamos poco, ¿sabe? y ella escribirá algo en su libretita y yo no dormiré por estar pensando qué escribió en la puta libretita. Allá está Massiel, la mejor amiga de Mamá. No se llama Massiel sino Marisela pero le gusta tanto la cantante Massiel que nos obliga a llamarla así. Massiel hace como que no bebe pero deja vasos en todas partes y de todos toma, dice que quiere mantenerse sobria para poder volver a casa sanos y salvos. Dos choques son suficiente, Marcos, le dice a papá quien abre otra botella de ron para ella. Después de un rato Massiel abandona el ron y me llama: dile a tu papá que me sirva de su coñac, del bueno. Cuando regreso, me da unas palmaditas en la cabeza y me pregunta cuántos años tengo. Estoy a punto de decirle que ocho cuando volteo con mi mamá y le dice que tiene suerte de tener dos hijas como nosotras. Mamá dice que sí, que somos magníficas, que somos creativas y amables. Sólo tengo ocho años pero sé perfectamente que mamá no nos considera ni magníficas, ni creativas ni amables. Se lo voy a decir a los diecisiete: tú nunca nos consideraste magníficas ni creativas ni amables y comenzaremos una discusión que cerraré con broche de oro jurando que por mí todos se pueden ir a la chingada y que me voy a ir lejos y nunca los volveré a ver. Mi mamá dirá: te desconozco. Le diré: yo quisiera desconocerte. Pero no saldré de la casa ni esa noche ni ninguna otra de los siguientes cinco años. Anda, nena,

busca a tu hermana, que venga a tocarnos el piano. Encuentro a mi hermana, está en la cocina. Mamá la mandó a cortar el rollo de dulce. Pero el rollo está intacto y mi hermana se besa con Carlos, nuestro primo, yo no sé si está bien o está mal pero me gusta verlos besarse. Mi hermana tiene dieciocho y a los dieciocho las mujeres quieren que un hombre como Carlos las bese... Papá y mamá nunca sabrán hasta dónde llegará Carlos con mi hermana, no se van a enterar que, por él, terminó haciéndose un legrado. Yo tampoco lo voy a saber hasta que un día, cuando nazca su primer bebé, ella misma me lo confiese. Me regreso a la fiesta y me muevo con tranquilidad. Tomo otro cargamento de carnes frías y avanzo. Voy del lado de las mujeres, como y bebo sin que nadie se dé cuenta. Voy del lado de los hombres, como y bebo sin que nadie se dé cuenta. Los amigos de papá me cargan, alguno me abraza, otro más me sienta en sus piernas e intenta rozar mi muslo, tratará de cruzar el calzón, pero no pasará nada. Al menos no en esta fiesta. Me levanto, voy, vengo. A las once de la noche Papá vuelve a poner "Total" y Massiel comenzará a cantar: "Total, si no tengo tus besos no me muero por eso yo ya estoy cansada de tanto besar..." acercándose a Papá que hace como si nada. A nadie le gusta como canta, pero todos la aplauden. Massiel y Papá un día se van a ir juntos, Papá regresará unas semanas después. Mamá nunca le volverá a hablar ni con monosílabos. Pero hoy, hoy sí le habla, son los anfitriones y esta noche todo es perfecto. La canción se termina y los invitados aplauden con entusiasmo. Yo, haré lo mismo. Aplausos y aplausos, ¿qué más se puede hacer? Total.



Puro taconazo

Ese día el Pluma Blanca estaba a reventar. Pisotones, empujones, gotitas de cerveza en tu ropa o en tu zapato. Como que uno no elegía donde estar, la gente te arrastraba a una esquina u otra del bar. Unos reían allá, otros bailaban acá, otros se besaban más allá. El Víctor y yo, como ni bailamos ni nos besamos, quedamos atrapados en la pared esa del fondo, donde todos han puesto su nombre.

—No me gusta este lugar, dijo él, dicen que aquí se aparece...
El ruido no me dejó oír.

—¿Se aparece quién? —le pregunté...

En eso, tras la barra, dos cervezas se asomaban para nosotros. Por fin. El Víctor se fue por la ronda y yo me puse a leer las firmas de todos: *aquí estuvo el neto, abril rifa... el benja la tiene muy...* lo típico; y entonces ahí estaba: *Piporro es Dios*, decía... y más abajo: *Puro taconazo*. Me dio risa, ahí estaba yo como loquita, riéndome sola por una pinta en la pared. El Víctor se acercaba con mi cerveza cuando le dije:

—¿Ya leíste esto? **Piporro es Dios**, dije en voz alta.

Y los ojos de Víctor asombrados y la boca de Víctor abierta y el cuerpo de Víctor congelado. Y de pronto...

El silencio, el lugar entero se congeló. No había música, no había sorbitos, no había empujones. No había risas, ni bailes ni besos. Nada. Yo no sabía ni qué pensar, *¿qué pedo?*, me dije. No era una broma de cámara escondida porque, hey, éste es el pinchi

Nenitas

Pluma Blanca. ¿Qué hacer, entonces? Huir, sí, huir. Entonces, sentí su mano. Entonces, lo miré. Entonces, me di cuenta de que era él, sí era él. El Piporro.

El Piporro se apareció en el Pluma Blanca. Y el Piporro es Dios, no hay duda, no, señores. Jaló de la barra una botella de Tequila, no sin antes decir que ése no era Tequila. Dos vasitos. No dio lugar a preguntas. Que yo no tenía fe. Que haría un milagro para mí. Lo que yo tanto necesitaba. El Piporro hablando de fe y milagros, es absurdo, pensé.

—No es absurdo, anda, dime, ¿qué es lo que tanto necesitas?

Me dije que si el Piporro es realmente Dios y puede leer la mente, seguro puede saber ya qué es lo que más necesito.

—Sí, sé qué es... pero tú tienes que decirlo.

— ...

Puro Taconazo. Vale, qué más da, me dije. Me puse a pensar en ochocientastres cosas: un crédito, un carro nuevo, todas sus películas en blue ray, un blue ray, unas botas tejanas... A todo me decía que no.

—Eso no es lo que tú más necesitas, eso no es lo que siempre has deseado.

—Lo que yo más necesito...

Pensé y pensé: ¿lo que siempre he deseado?..., escribir para una editorial internacional, viajar por todo el mundo, tocar el bajo, cantar en... y, de pronto, lo tuve muy claro.

—Bailar, le dije, lo que yo necesito es aprender a bailar, ¿sabe?

—Claro, claro que lo sé... Yo lo sé todo, me dijo con ese acen-tito tan suyo, tan rico, tan norteño.

Tomamos un sorbito de tequila, se acomodó el sombrero, me alisé la falda, me acercó sus brazos. Bajo sexto y acordeón comen-

zaron a sonar. Una redova, un apretoncito y luego todo fue puro taconazo.

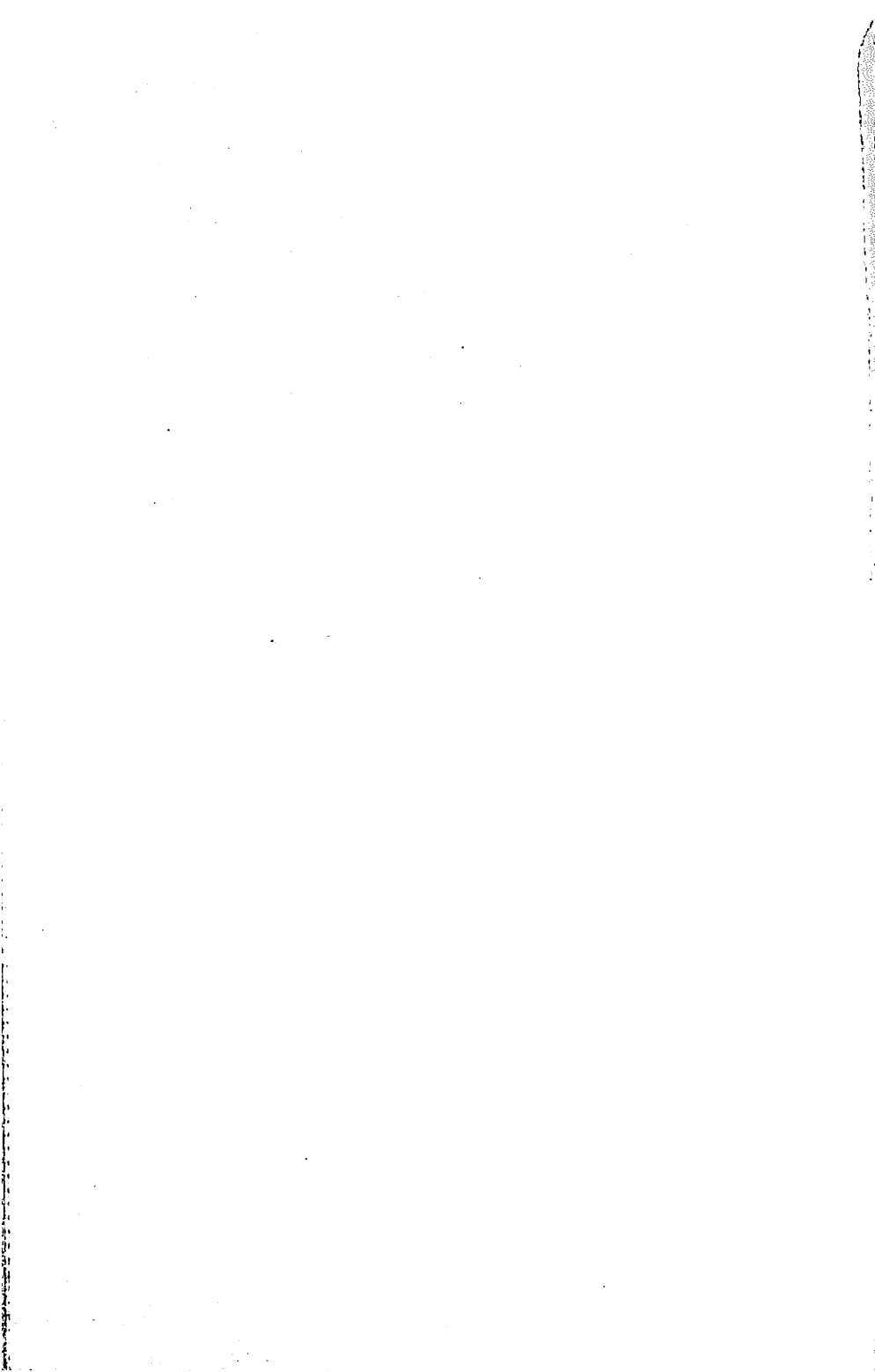
Yo bailé, bailé como nunca y mis piernas se movían largas y ligeras y mi espalda era elástica y perfecta y mis caderas... ¡tenía caderas y... se contoneaban! y Piporro, Piporro había hecho el milagro.

No tiene la menor importancia, me dijo cuando yo le repetí: *Gracias, gracias, gracias*. Me dio un beso en la frente. Y antes de desaparecer me hizo prometerle que compartiría el milagro con otros, mi fe. La música volvió a sonar en el Pluma, la gente se volvió a mover en el Pluma y el Víctor me dio por fin mi vaso de cerveza.

—¿Qué me decías? —preguntó.

—Que Piporro es Dios, Víctor, que Piporro es Dios.

Nos tomamos un sorbito de cerveza, le quité su vaso, dejé el mío y me lo llevé a bailar toda la noche.



Nenitas

Fractura en el cráneo. Eso fue lo que dijo la maestra cuando habló del accidente de Rodrigo. Renata, Sandra y Paty escucharon la noticia en silencio, ni siquiera voltearon a verse. No sabían qué tan grave era eso, pero las tres sabían muy bien que no se trataba de cualquier golpe. No era algo que se quitara con hielo en la cabeza o con una pasadita de pomada de La Campana. Bastaba pensar en el sonido del metal contra la cabeza de Rodrigo segundos antes de que cayera al piso.

La verdad es que las cosas no habrían llegado tan lejos. Pero él se lo buscó.



¿Qué es una sutura?, le preguntó Sandra a la enfermera cuando al revisarla detenidamente dijo: "Lo que tú necesitas es una sutura". Sutura resultó algo muy doloroso e increíblemente feo. "Pero, ¿cómo es que se abrió así?", les preguntó la enfermera a las otras dos niñas. Cualquiera hubiera podido adivinar que Sandra estaba a punto de decir la verdad, delataría a Rodrigo, le diría que tumbó a Sandra porque sí, nomás porque sí. Sandra estaba a punto, a punto de abrir la boca pero Renata se adelantó y dijo: "Era una cosa, un no sé qué estaba ahí al final de la resbaladilla". La enfermera ni siquiera escuchó porque Sandra comenzó a lloriquear como loca, de su boca salían quejidos y más quejidos y luego llanto. Sandra

Nenitas

era quejidos y llanto. Sandra sólo pensaba en el dolor. Así lo dijo después: "en el dolor, en eso pensaba, en el dolor y luego en el dolor...". Renata la interrumpió: "¿Y en Rodrigo, no pensabas en él, en acusarlo, en decirle a la enfermera, a la maestra, a la directora, a todos que él fue el culpable de todo-todo?". No, no, no, Sandra no quería acusarlo, quería olvidarse de todo para siempre. "Él me dijo que si le decía yo a alguien me iba a matar, me lo dijo aquí, al oído". Renata, con su tono de sabelotodo le dijo: "Los niños no matan, Sandi, no seas tonta".

Caminaron al salón, la herida iba en medio, cojeaba un poco. Decía que le dolía tanto que hasta creía que iba a perder la pierna. "Cómo se irá a ver Sandi sin pierna", dijo Paty. Renata le dijo que qué simple, que qué exagerada era, que no había sido más que una cortada. "Que te lo hubiera hecho a ti, verías", le dijo Sandra. Pero nadie, ni Rodrigo, se metía con Renata.



Sandra y Paty estaban juntas desde el kínder. Renata se hizo su amiga en la primaria. Vivían cerca, sus papás se conocían, estaban en el mismo salón, pronto estrecharon lazos. Los demás siempre se burlaban de ellas porque se la pasaban juntas, porque tenían cosas iguales: lapiceros, sacapuntas y cuadernos del mismo color. Tenían su lugar especial en el patio de la escuela y ahí sacaban sus lonches y lo compartían unas con otras.

Renata es la más alta y la más fuerte. Una vez empujó al gordo del Víctor porque se burló de sus zapatos: "miren, miren, Renata usa zapatos de niño con pies chuecos, Renata es patuleca, patuleca". Pum, al suelo. Víctor sólo se levantó, se sacudió el pantalón y se fue diciéndole patuleca. Nadie más se había metido con Renata o con sus amigas desde entonces.

Sandra es la más pequeña, de tamaño y de edad. Es ocho meses menor que las demás, es hija única. Renata dice que por eso es tan miedosa y tan descuidada. Siempre rompe algo, siempre se le olvida algo, se tropieza a cada rato.

La verdad es que parece que todo le pasa a Sandra. Como en aquel paseo campestre al que las llevaron sus papás. Sandra lloraba y su mamá sólo le decía: "No te preocupes, es sólo una poquita de pipi, a todo mundo le pasa". La verdad es que a ninguna de las demás le había pasado eso. "No sé cómo seguimos juntándonos con ella", le dijo Renata a Paty esa vez.



Lo primero que la maestra recomienda al salir al recreo es ir al baño, pero Sandra no lo hace. "Me chocan los baños de la escuela". A veces se aguanta y se aguanta y se aguanta hasta que ya no puede y tiene que correr. Por eso pasó lo que pasó.

Fue justo en el patio principal, el peor lugar de todos. No sabían qué hacer. Paty tuvo una idea: "Ya sé, te presto mi suéter y amárratelo, así taparás la mancha de pipí". Renata se levantó para asegurarse de que nadie las viera. Entonces, llegó Rodrigo que en un dos por tres descubrió todo, las pruebas estaban ahí, ese charquito en el piso, esa mancha en su uniforme. "¿Te orinaste? ¿Te orinaste? ¡TE ORINASTE!". Rodrigo comenzó a reírse y a decir en voz alta que Sandra se había orinado en la ropa, la señalaba y le decía a todos: "¡Miren, miren Sandra se orinó, Sandra se orinó como una nenita, Sandra se orinó como una nenita porque es una nenita!", y de pronto la atención de todos estaba en ella, en ella, en ellas. La mitad de los niños y niñas en el patio las rodeaban y se reían y repetían: "¡Son unas nenitas, son unas nenitas!". Sandra lloraba, Paty tenía ganas de hacerlo, se le corrían las lágrimas ya.

Nenitas

Renata no, ella estaba ahí parada, con su cara seria, ni siquiera trataba de callarlo. Cruzó los brazos y se le quedó viendo. Finalmente dijo: "Me la vas a pagar un día". Luego empujó a Sandi y a Paty hasta el baño.

Quién sabe cuántos días se burlaron de Sandi.



La lonchera de Barbie se la habían regalado a Paty de cumpleaños. Era de un metal grueso, duro, brillante. De ella sacó un sándwich, una pera y un jugo. Lo compartió todo con ellas. Se sentaron en el patio a comer y platicar, como siempre. Juntas revisaron las calcomanías que venían dentro de la lonchera, la tacita especial, el platito. Sandra no se cansaba de decir que la lonchera era muy linda y que le diría a sus papás que le compraran una así. Renata dijo: "Está bien dura, podrías descalabrar a alguien con ella". Se rieron.

Rodrigo llegó diciendo "aquí están las nenitas, como siempre, jugando a la comidita", le quitó el último pedazo de sándwich a Paty, jaló el cabello de Sandra y se paró justo enfrente de Renata. "Las nenitas, las nenitas", repetía. Renata sabía bien lo que tenía que hacer. Se levantó. Sandra se hizo para atrás y Paty le dio su lonchera a Renata. Ella hizo lo demás.

Sobreexpuestos

En 1973 nací.

En 1975 murió la abuela. Tengo una sola foto con ella, soy una bebé en sus brazos. Guardo su vestido de novia. Uso su nombre.

En 1980 me subí a un avión por primera vez. Vestía un conjunto de minifalda azul y mallas blancas. Me sentía una de las ángeles de Charlie. Mi madre me llevaba de la mano. Le dije adiós a papá desde la escalera. "Adiós, papá, adiós". No lo volví a ver hasta once años después.

En 1983 el tío Enrique me regaló una Polaroid. Nunca había visto algo igual. La foto, unos segundos y la imagen en tus manos. Retraté a mi perro, el librero del abuelo, la señora de la tienda de la esquina, la tienda de la esquina, una mosca atrapada en un betún, los zapatos del tío Enrique bajo la cama de mamá. "Me gusta cómo la cámara atrapa un momento justo antes de que desaparezca", escribí en mi diario.

En 1985 la ciudad tembló, vimos el edificio frente al nuestro venirse abajo. Es mi primer recuerdo del miedo. El miedo en serio. Los otros, en comparación, eran menores: la oscuridad, los insectos, los truenos. Todos opacados por una ciudad en ruinas. Mi maestra de sexto año, bajo escombros. Mi infancia, ya qué. Agarré la

Nenitas

cámara de mi mamá, una Olympus. Tomé fotos. Una larga fila de escombros, edificios ladeados, baldíos donde antes había bancos, escuelas.

En 1986 mi madre se volvió a casar. El tío Enrique dejó de ser el tío Enrique. "Puedes llamarme papá", me dijo. Lo intenté. No pude.

En 1987 nació un hermano y murió un hermano. En 1989 nació otro hermano y murió otro hermano. "¿Por qué se mueren los bebés?", le pregunté a mi diario. Los diarios no contestan, debía saberlo. Mamá se quedó con ganas de "la parejita". "Tengo a Doris, sí, pero me quedé con ganas del niño", repetía.

En 1991 me subieron a un avión y volví a la ciudad en que nació. Descubrí volar sola. Aterricé otra. No reconocía nada, tampoco a mi padre. Tenía años y canas y arrugas y tanta, tanta soledad. Nunca me llamó por mi nombre, me dio una estela de apodos como de pan dulce. Eran suavécitos. Me regaló mi primera cámara en serio. Una Canon de 35 milímetros. Me volví loca. Tomé tantas fotos. La mejor: él bajo un carro que arreglaba. Sólo yo sé que ése es su carro, ésas sus piernas, ésos sus zapatos. La sombra de un árbol lo cubre todo. Un velo apenas. Imagen perfecta de los noventas.

En 1995 me acosté con un compañero de la universidad, era la primera vez de ambos. Por supuesto, fue fatal. "Tienes que irte, va a llegar mi mamá", me dijo. Llegué tarde a casa esa noche, el tío Enrique estaba en la sala, "creo que tu mamá anda con alguien", me dijo, "si se lo hizo a tu papá, ¿por qué no a mí?". No tuve respuesta. Le dije: "Yo cogí por primera vez hoy". No tuve respuesta.

En 1996 murió mi padre, apenas llegué a su funeral. Volar porque se tiene que. Hacía apenas dos años se había vuelto a casar. Su

mujer me dijo "eres igualita a él". Miré sus zapatos, eran como ella, tímidos, pequeños. Creo que le sonreí.

De 1997 a 1999 estuve completamente enamorada.

En 1999, mientras todos creían que el mundo se iba a acabar al año siguiente, yo creía en el amor. Sonreía como una idiota cuando caminaba, cuando manejaba, cuando leía noticias en el periódico. Fotografié más paisajes ese año que en cualquier otro, atardeceres, amaneceres. Nubes y nubes y nubes. Dos lunas y un sol.

En 2001 tomé un taller de foto. Aprendí tanto. Aprendí, por ejemplo, que mis series de paisaje no decían lo suficiente de mí. ¿Dónde estaba yo en ellas? "¿Qué parte de ti, Dora, está en esas montañas?". Aprendí, también, a romperle el corazón a un novio por acostarme con el maestro. No tengo ni una sola imagen de él, del novio. Del maestro tampoco. De los zapatos de ambos, sí.

En 2002 dejé la casa de mi madre. Renté un departamento de dos recámaras. Uno era mi habitación, mi estudio y mi sala. El otro, mi cuarto oscuro. Cuánta revelación.

De 2002 a 2005 trabajé para una agencia de publicidad. El sueldo me permitía comprar equipo, viajar los fines de semana, tomar fotos por todos lados, leer sobre luz, sombra, color, asistir a talleres que hablaban de eso: de luz, de sombra y de color. Compré la mejor cámara que jamás había tenido.

En 2007, después de participar en varias colectivas, monté mi primera exposición individual. "Sobreexpuestos", se tituló. Consistía en una serie de más de 30 fotos de zapatos de hombre y unas cinco o seis de zapatos de mujer. Zapatos bajo una cama, en un

Nenitas

sillón, en el baño, sobre un tapete, al lado del refrigerador. Series en blanco y negro y en color, algunas con intervención digital. La gente me felicitó. "Estos zapatos son sus dueños", dijo alguien. "Son prácticamente personajes", dijo alguien más. Mis amigos me aplaudieron. Mis maestros me sonrieron. Mi madre, antes de irse, me dijo: "Te acostaste con todos esos hombres, ¿verdad?". Le contesté: "También con las mujeres, ¿sabes?".

En 2009 me dieron esta beca y he tomado un avión. En mi bolsa llevo mi pasaporte, dinero, un libro con fotos de Nan Goldin y una dirección. En la maleta he metido la cantidad básica de ropa de invierno, mis dos cámaras bien seguras, lentes, filtros, el vestido de novia de mi abuela y una impresión pequeña de la foto de mi papá. "Estoy lista", escribo en esta libreta, "porque cada vez que vuelo, aterrizo otra".

Nenitas

sillón, en el baño, sobre un tapete, al lado del refrigerador. Series en blanco y negro y en color, algunas con intervención digital. La gente me felicitó. "Estos zapatos son sus dueños", dijo alguien. "Son prácticamente personajes", dijo alguien más. Mis amigos me aplaudieron. Mis maestros me sonrieron. Mi madre, antes de irse, me dijo: "Te acostaste con todos esos hombres, ¿verdad?". Le contesté: "También con las mujeres, ¿sabes?".

En 2009 me dieron esta beca y he tomado un avión. En mi bolsa llevo mi pasaporte, dinero, un libro con fotos de Nan Goldin y una dirección. En la maleta he metido la cantidad básica de ropa de invierno, mis dos cámaras bien seguras, lentes, filtros, el vestido de novia de mi abuela y una impresión pequeña de la foto de mi papá. "Estoy lista", escribo en esta libreta, "porque cada vez que vuelo, aterrizo otra".

Sueño con la bahía

Mi madre es la culpable. Fue ella quien decidió que dejáramos La Bahía. Me quitó el cielo, el mar, la tierra. Me trajo a vivir al fuego. Mi padre también es culpable, él a fin de cuentas dijo que sí, bajó la cabeza. Pensándolo bien, mi padre es más culpable, su amor por ella fue más grande que su amor al mar.

Nací en La Bahía, viví en La Bahía y creía que en La Bahía iba a morir, me enterrarían en el mismo cementerio en donde están los cuerpos de los viejos pescadores, o donde meten la ropa de aquellos que no volvieron del mar. Ése iba a ser mi lugar, al lado de mis abuelos. Al lado del mar. Pero no fue así, me sacaron de La Bahía y no he vuelto a ella.

La Bahía. La Bahía. Un balcón por encima del mar, por encima del cielo, por encima del mundo. Riscos que nunca terminaba de trepar, cuevas que no me cansaba de explorar. Amaneceres y atardeceres que podía volver a ver. Yo lo sabía todo de La Bahía, quién fue el primero y quién el último en llegar, sabía bien dónde se podía uno bañar sin que te llevara la corriente, dónde era más fácil sacar almejas, dónde la arena más blanca, desde qué roca se alcanzaba a ver el barco que llevaba y traía a mi papá. La Bahía era un mundo que yo gobernaba.

Nenitas

Mi papá no me dejaba ir con él, decía que el barco era un lugar de hombres y que mi lugar era el mismo que el de todas las mujeres: estar en la orilla del mar esperando al padre, al esposo, al hermano. Haz collares, juega en la arena, ayuda a tu madre en casa. Yo no quería hacer collares, jugar, ayudar, no quería nada de eso. Quería treparme al barco, montarme en los hombros de mi padre, ver qué era lo que estaba más allá de la isla, quería tomar la red, jalarla, jalarla, descubrir sus tesoros, quería ver a los peces brincar hasta que se asfixiaran uno a uno.

Yo no quería ser una niña, yo quería ser un pescador.

¡Qué vergüenza!, decía mi madre.

No te puedo llevar, repetía mi padre.

El premio de consolación era pasear de vez en cuando con papá en la lancha del tío, recoger almejas, estar a su lado mientras con su largo cuchillo fileteaba el pescado. Eso era lo que más me gustaba, sus manos húmedas descabezando, destripando, haciendo de ese animal un pedazo de carne transparente. Me quedaba ahí, no importaba que fueran seis pescados o veinticuatro, yo quieta, en una esquina. Mientras las niñas de mi edad se asqueaban de ver la labor de nuestros padres —como si no hubiéramos crecido viendo eso—, yo prestaba atención a todo el proceso. Lo memorizaba. Mi padre con el cuchillo era el hombre más perfecto. El cuchillo era su fuerza. Sus manos, su poder. Papá tiraba la red, recogía la red, tomaba el pescado, cortaba el pescado. Sus manos lo ponían en mi boca o en la de mi madre.

Pero resulta que mi madre no era feliz. El mar no era lo suyo. Ella quería volver a La Ciudad, el lugar de donde no debió salir, repetía. Vámonos de este sol tirano, de la sal en los labios, del mar que decide si comemos o no y qué comemos. Vámonos de esta arena.

Un día nos va a tragar el mar y nadie se va a dar cuenta. Que nos trague, pensaba yo, al cabo y qué.

Una tarde, la cantaleta de mi madre se volvió un asunto serio. Mi papá dejó los pescados y el cuchillo y la tarea toda y se fue con ella al cuarto. Discutían. Ya no puedo, ya no puedo, ¿por qué me trajiste a vivir acá?, decía ella. Éste ya no es lugar para nosotros. Los ojos del pescado estaban ahí, viéndome, hablándome, tomé el cuchillo y chas, le corté la cabeza; otro chas y la cola. Lo corté luego en diagonal, metí mi mano y saqué sus vísceras fácil, como si llevara toda la vida haciéndolo. Después un corte aquí, chas, otro allá, chas. Un pescado, y otro y otro. Pensé: nadie lo hace como yo.

Dejaron de discutir. Un mes, sólo te doy un mes, gritó mi madre antes de dar un portazo y toparse conmigo en la mesa. Ésa no es una labor de niña, dijo al verme. Trató de jalarme, yo empuñé bien el cuchillo. Déjame, le grité, ¿qué no ves que soy como papá? Silencio. ¿Esto es lo que quieres para tu hija?, le gritó a mi padre. Él, sin decir nada, me quitó el cuchillo: si un día el mar me traga, tú cortarás el pescado... ahora vete a jugar, mañana, mañana vemos.

Éramos nosotros dos, mi padre y yo, cuchillo en mano. En sólo un par de días me enseñó a abrir las almejas, las jaibas, me enseñó a distinguir un pescado de otro, me enseñó qué se come y qué no. Estaba tan feliz. Me vi trepada en el barco con mi papá y con los otros hombres. Me vi señalándoles dónde había que parar, me vi tirando la red, jalándola. Me vi dueña. Me vi pescador. Cortar el pescado era el principio. Pero se volvió el fin.

Mi padre comenzó a llegar tarde a casa, a veces hasta llegaba sin nada, otras veces con su red llena de lo que sea que había en la orilla, como si agarrara sólo por agarrar. Sin ver, sin saber, nomás

Nenitas

porque sí, porque estaba ahí. Mi papá ya no se parecía a mi papá. Le aventaba todo a mi madre y se la pasaba pidiendo comida, cerveza del refri, ¿dónde están mis cigarros? Mi madre ya no lo retaba, sólo marcaba los días en el calendario. Él se metía al cuarto a dormir, a oír la radio, a beber y beber y beber. ¿Y el pescado?, le preguntaba yo. No había respuesta. Era como si el mar se lo hubiera tragado.

¿Cómo pasamos de trabajar juntos a no hablarnos? ¿Cómo pasamos de todo a nada? ¿Cómo pasamos de vivir en La Bahía a esta casita en La Ciudad? No sé, sólo sé que toda nuestra vida se metió en cajas. La vajilla, los cuchillos, la ropa. Nadie metió la red, nadie metió los anzuelos. Nadie las conchas o los pescados, las almejas o los cangrejos. Nadie un poco de arena y un resto de mar. Nadie, nada.

Nos subimos a la camioneta sin despedirnos siquiera de él, del mar. ¿Qué pensará de nosotros?, tanto que nos dio y nosotros ni un adiós.

Mi padre tomó un empleo en una fábrica y mi madre en una tienda. Rentamos una casa en el centro de esta ciudad donde yo no gobierno nada, donde yo no sé nada. ¿Dónde están los riscos, dónde las cuevas, qué pasó con los atardeceres? Todo es pavimento, semáforos, cielo gris. Pescados viejos de mirada seca en las hieleras del supermercado. Aquí de nada sirve decir que sé usar el viejo cuchillo o descabezar un pescado. Aquí cuando digo que un día voy a ser pescador se ríen de mí. Las niñas no son pescadores, me dice la maestra. ¿Qué sabe ella?

Yo, sueño con La Bahía pero despierto y estoy en La Ciudad. Aquí no hay cielo, ni mar, ni tierra. Mejor que a todos nos hubiera tragado el mar.

El día que murió papá

*Time is gnawing him,
it is devouring one by one
the cells that make him up.*

J. M. Coetzee

La enfermedad de mi padre era incurable. Los muchos doctores y los largos análisis repetían lo mismo: el problema estaba en su sangre. Ambas, su esposa y mi madre decían que no había necesidad de médicos o análisis para diagnosticar algo que todos sabíamos. Quiero decir... [¿Quiero decir? ¿Quiero yo decir? ¿No será mejor hacer un cambio en esta voz y utilizar la tercera persona?]

[¿Qué tal si...] La enfermedad de su padre era incurable. Los muchos doctores y los largos análisis repetían lo mismo: el problema estaba en su sangre. [Con una tercera persona podría, en algún momento, insertar un texto que diga "Esto es ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor...", etc. etc. etc.] Ambas su esposa y su ex mujer... [No, no funciona así. Orea una distancia que no quiero tener. Por lo menos no en esta historia.]

Nenitas

[Cuando buscaba la línea ésa de "Esto es ficción...", descubrí que este documento se creó para responder a una demanda contra los productores de la película Rasputín y la Emperatriz de 1932 por parte de una princesa rusa que creía que uno de los personajes se basaba en su vida. Así que supongo que sí, puedo mantener mi voz en primera persona, no tengo planes de autodemandarme por un personaje basado en mí. Tampoco mi hermano o mi hermana harían algo similar ya que ellos creen que la literatura, y cito: "es una pérdida de tiempo y dinero y mejor búscate un trabajo decente ya".]

[Bueno, aquí vamos de nuevo.] La enfermedad de mi padre era incurable. Los muchos doctores y los largos análisis repetían lo mismo: el problema estaba en su sangre. Ambas, su esposa y mi madre decían que no había necesidad de médicos o análisis para diagnosticar algo que todos sabíamos. Quiero decir, ambas sabían bien quién era mi padre.

Mi mamá lo tomó bien, después de todo tenía años de no vivir con él. Le tomó más tiempo a Beatriz, pero después de un par de semanas de aguantarlo, de soportar sus quejas, sus demandas, sus histerias de hombre enfermo, se hizo a la idea. [Aunque, ¿cómo se hace uno a la idea? ¿Idea de qué?]

Yo estaba en Arizona [Arizona, mi Texas ficticia. Tal vez si esto se publica algún día alguien dirá: "La autora utilizó Arizona como el escenario de sus historias por su parecido a Texas". O tal vez no, tal vez sea mejor decir:] Yo estaba en Texas cuando todo esto pasó. El estado más grande del país, el mejor lugar para esconderse. Trabajaba en una cafetería mañanas y tardes [Necesito decidir si voy a mantener esta idea de mesera/escritora, me suena demasiado a ese concepto de mesera/

actriz, algo tan gringo.] [En realidad ahora que lo pienso, necesito decidir lo mismo en mi vida. Sirvo a clientes, sirvo a lectores, la diferencia a fin de cuentas es que un cliente sabe qué esperar, el lector no, el lector prácticamente te dice: sorpréndeme.] Por las noches, escribir era mi trabajo, una columna para este periódico, un artículo para tal revista, un cuento, tal vez dos. Tenía ya algunos años así, viviendo de lo que servía y de lo que escribía. No conocía a nadie y nadie me conocía a mí. El lujo del anonimato.

Amelia me llamó, Amelia me avisó. "Tienes que venir", dijo. "Está muy grave, lo veo muy mal. Tenemos que enfrentar esto juntos. Necesitas estar aquí". [No, yo no necesitaba estar ahí, ellos me necesitaban ahí.] Unos días después, Guillermo me llamaba para decirme lo mismo, yo tenía que estar allá para ayudarlos con los cuidados de papá, ellos no podían dejar sus empleos y sus vidas. Supongo que trabajar en un café y escribir por las noches no contaba como un empleo, menos como una vida. [Porque la escritura, cito: "no es un trabajo, es una pérdida de tiempo y dinero".] Asumieron que yo, la menor de la familia, podía prescindir de lo mío. "No tienes compromisos, eres libre, tú sí puedes encargarte de él". Qué pronto se les había olvidado que alejarme de mi padre era la razón de vivir lejos y sin compromisos. "No podemos darnos el lujo de cuidarlo". [Lujo. ¿Cuándo se volvió un lujo estar con papá?]

Esa noche, mientras organizaba mis cosas, mientras elegía qué llevarme, deseaba que el valor que más o menos había desarrollado en estos años pudiera meterse en la maleta, doblarse como un pantalón o una blusa. Tenerlo ahí, en caso necesario. "Úsese en caso de emergencia", diría la etiqueta. [Me pregunto si es una exageración poner esa frase. Pero al mismo tiempo sé que sólo la exageración sirve cuando se trata de escribir sobre mi Pa-

Nenitas

dre.] Sabía perfectamente que bastaría sacarlo tres segundos de la maleta para que mi padre lo hiciera pedazos. Yo estaba ahí, frente a mi maleta, sin idea alguna de qué meter. ¿Qué se empaqueta cuando una está a punto de enfrentar a la razón de la partida?

Manejé a casa. Crucé tres estados. Es increíble cuántas historias, cuánto pasado se sube a viajar contigo una vez que estás en carretera. Toda una variedad de imágenes llegaban a mi mente. Cenas familiares, viajes, fiestas. Las memorias se volvieron películas, Padre era el actor principal en todas ellas, los demás éramos tan sólo imágenes difusas al fondo de la escena, los extras de su película. Estábamos en su vida para hacer las cosas creíbles. Como si.

Recuerdo que una vez le platiqué a un novio sobre lo brutal que mi padre había sido con nosotros de niños. "¿Les pegaba?", me preguntó. Y no, nunca lo hizo. "El mío sí, un montón, mira esta vieja cicatriz en mi hombro es de la hebilla de su cinturón...". Me sentí avergonzada. Una no puede competir con eso. De pronto, hablar mal de papá se vuelve una especie de gimoteo infantil. Pero yo sé que es más que eso. [¿Será por eso que escribo de ello, para probarlo?]

Mi padre, como su enfermedad, no tenía remedio. [Momento freudiano: mientras escribía esa línea yo sabía que, en realidad, quería escribir: "Mi padre es una enfermedad sin remedio".] Era inflexible en sus decisiones. castrante en sus opiniones. Sólo la exageración lo describe. Para él, sus hijos éramos decepcionantes, y sus mujeres, ingratas. Nosotros, entre más nulos, más aceptables. Las pocas palabras que pronunciaba para o por nosotros eran, cuando mucho, manchas en el silencio. ["Inútil", "una vergüenza", "ridículo total"...] Pronunciaba nuestros nombres como quien escupe al piso.

Tenía apodos para todos, diferentes tipos de ellos de acuerdo a nuestras características, defectos, edades, peso, tamaño. Cualquiera cosa podía volverse una pila bautismal. De niña me gustaba en particular cuando me llamaba "Grillito", recuerdo que me sentía pequeña, importante, amada. Yo pensaba que era dulce, creía que tenía el mejor apodo de todos. Incluso alguna vez le firmé una tarjeta de cumpleaños diciendo "Con amor, tu Grillito". No fue sino hasta muchos años después que supe la verdad. "Te llama Grillito porque para él eres un insecto, todos lo somos", me dijo mi hermano, él mismo estaba ya en camino de volverse un hombre como mi Padre.

A pesar de todo, él a veces nos presumía frente a sus amigos. Claro dependía de qué tan sobrio estaba, porque la mayor parte del tiempo sólo decía mierda de nosotros. Era como si hubiera una competencia con él a la que no fuimos llamados. Una competencia donde él era el único que podía ganar. Pero ahora quien perdía era él, era él quien no llegaba a la final. Estaba en una cama de hospital y estaba a punto de ser anulado. [De pronto me pregunto cómo sería esta historia si la narrara él, ¿qué diría?, ¿cómo nos describiría?]

El hombre fuerte, invencible, el hombre que perseguía los sueños de los demás. [¿El verbo "perseguía" le hará justicia a lo que quiero decir? Me pregunto si explica la forma en que mi Padre se burlaba y despreciaba sueños, deseos, planes. Es tan difícil, siento que la palabra se resiste.] Él estaba débil. Mi padre: reducido a un cuerpo pequeño bajo una sábana blanca. Balbuceaba apenas. La palabra se resistía. El tiempo se le había venido encima. Primero un dolor, después un desmayo y de pronto estaba viejo y encamado. Parece increíble que nadie le hubiera dicho que esto pasaría. Mi padre estaba vencido. Reducido a un cuerpo pequeño

Nenitas

bajo una sábana blanca, peculiarmente pequeño, delgado, un casi nada en la cama. Si escribiera yo un poema de este momento, diría:

Padre una caída

Padre una Enfermedad

mi padre un fracaso

[Freud se divertiría conmigo. Trato de uniformar mi texto utilizando "Padre" para crear distancia pero en realidad sólo quiero escribir "Mi Padre". También sé que debo decidir si voy a usar una "p" o una "P" cada vez que lo menciono. Las letras, también, se resisten.]

mi Padre

Mi padre

mi padre

Verlo así fue desconcertante. Al principio no estaba segura de que me hubiera reconocido. "Hola, Padre, soy Cynthia". [Hola, Papá, soy Sylvia], le dije en voz baja. Como si no quisiera ser escuchada. [Decir sin querer decir.] [Debo sondear aquí lo silenciosa que era, dentro de todo, nuestra relación.] Nuestra comunicación era de silencios. Me miró. Me contestó sin decir nada. Como siempre.

Dejé mi chaqueta sobre la silla y reacomodé un poco su habitación: agua fresca, cortinas abiertas, ventana cerrada. Organicé el campo de batalla de sus sábanas. [Campo de batalla, qué concepto tan acertado para describir la presencia de mi padre en una habitación, en una vida. Una frase que él tanto usaba y que tanto era.] [Me siento indecisa sobre contar o no esa vez en que siendo niña mi padre me encontró arreglando mi cuarto. Acababa yo de hacer la cama. "Tu cama es un campo de batalla",

dijo. Me reí, pensé que bromeaba, hasta que agregó: "¿Acaso no puedes hacer nada bien?". Esa mañana mis hermanos y yo nos la pasamos deshaciendo y haciendo nuestras camas hasta que quedaran perfectas. "El arte de hacer una cama", diría él. Un título perfecto para otro cuento, supongo.]

Cuando terminé de ordenar su habitación, me senté a su lado y en cuanto lo hice, su presencia me azotó. Ese olor, mezcla de enfermedad, cura y sudor. Las líneas de su cuerpo, una marca ligera apenas sobre el colchón. Un campo de batalla donde la Enfermedad y Padre se debatían. Padre era una sombra de sí, un montoncito de huesos y piel. Un bebé que nació viejo. Me pregunté qué habrían sentido mis hermanos al verlo así. ¿Era esta la razón por la que no estaban aquí? ¿Era este el lujo que no podían darse? ¿Era este presente demasiado para ellos? Este presente despertó mi pasado, estaba ahí, sentado a mi lado.

Entonces, vi la foto que estaba en el buró. ¿Quién la puso ahí y por qué? Era una foto de mi padre. Una joven versión de él. Parado ahí, viendo y siendo visto a través del lente. Su cabello, sus ojos, su actitud. Poder y belleza. Me tomé mi tiempo en estudiar la imagen. [En los términos de la ficción, hubiera sido perfecto que la foto tuviera algo escrito, como si así se resolviera un gran misterio. Pero no, no había nada, podría yo misma escribirle algo, éste es



Nenitas

mi cuento después de todo. Podría hacer que mi personaje volteara la foto y leyera y descubriera y...] Luego la puse de nuevo en su lugar. Puse a Padre en su lugar.

Padre disfrutaba haciéndonos ver estúpidos. Haciéndonos estúpidos. Recuerdo aquella vez en que para comprobar lo inútil que yo era me llamó y me pidió que pelara una naranja. Estábamos en una "reunión familiar", tíos, primos, abuelos, todos estaban ahí. "Vamos, péjala", dijo. Y yo estaba ahí, tratando de clavar mis incipientes uñas, llenándome las yemas del zumo de la cáscara que se me resbalaba. "Déjala ya, es sólo una niña", dijo alguien. Y me dejó ir. Lloré toda la tarde. [La verdad es que no me dejó ir ni siquiera cuando le dije: "Papá no tengo uñas, no puedo" y lloré y lloré y lloré. Él dijo: "No es cuestión de uñas sino de disposición. Eres como tu madre, todo quiere resolverlo con lágrimas". Y ahora, de adulta, sigo resolviendo con lágrimas o con escritura.]

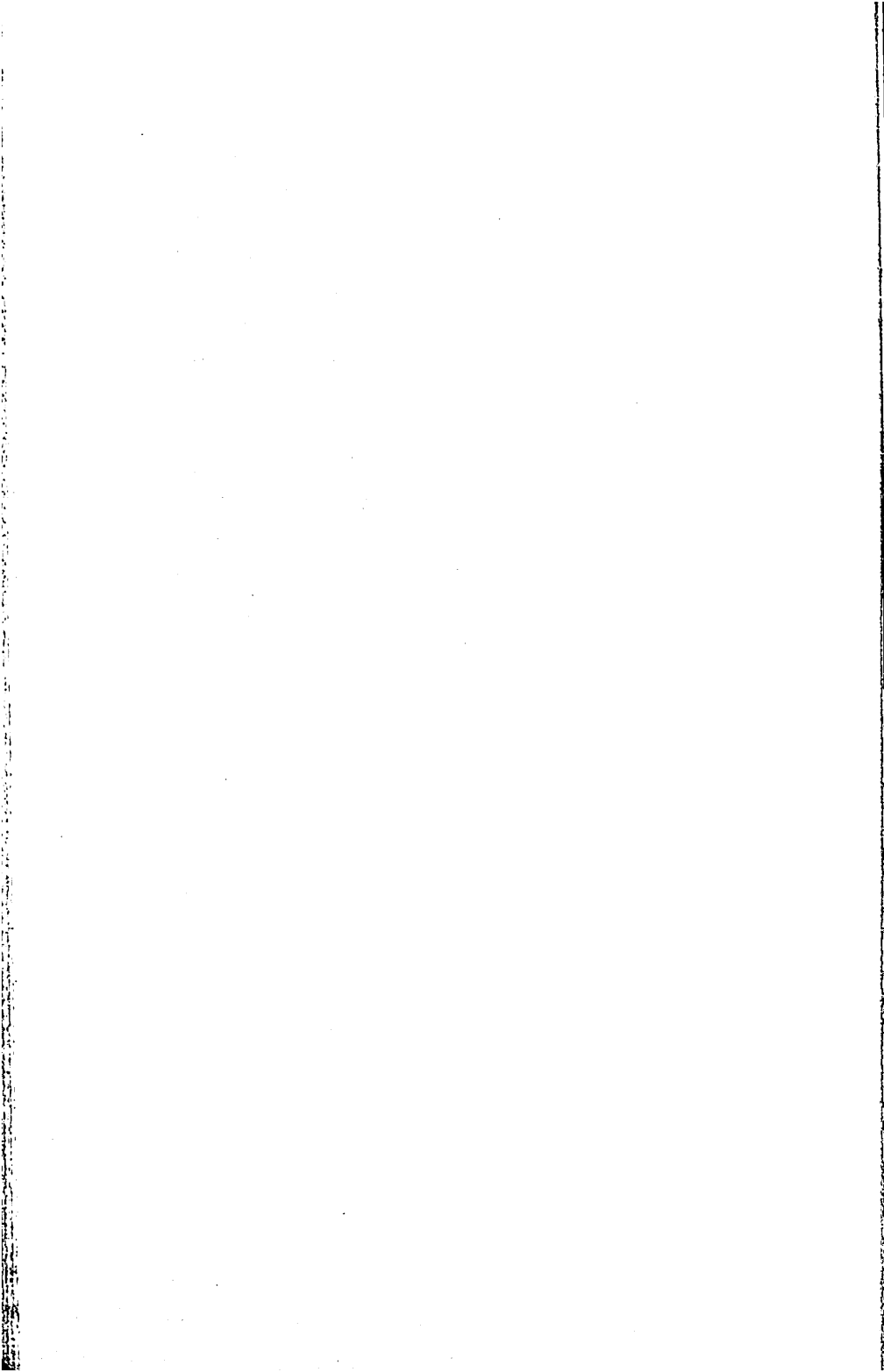
La idea de que el estado actual de mi padre era una especie de consecuencia, comenzó a rondar. Por supuesto, me estorbaba pensar en términos de culpa y penitencia, de víctima y victimario. ¿Cómo hacerlo? Era vergonzoso. Absurdo. Pero inevitable. El regreso de su propia malicia investido en años y enfermedad y miedo y dolor.

La vida de mi padre colgaba de una pared, era el cuadro chueco que nadie se atreve a enderezar por pereza o por la posibilidad de que se caiga y se rompa el cristal que lo protege. Yo tampoco iba a acomodarlo. [Yo no quería que se rompiera, y no era un acto de bondad, simplemente porque yo tendría que recoger las piezas y no quería hacerlo. No yo, la -y cito- "estúpida que lo dejó todo para hacerse escritiente". Oh, vaya, bien podría utilizar esta frase en algún otro lugar de mi historia, la catarsis sirve.]

Finalmente, abrumada por los eventos de mi infancia que se asomaban a esa habitación de hospital, me levanté a lavarme las manos, tenía que dejar el pasado atrás y hacer lo que vine a hacer. Cuidar a mi Padre, tal vez incluso en algún momento podría hasta sentirme mal por él.

Mi padre comenzó a quejarse del dolor. "Es terrible", repetía. "Llama al doctor, por favor" [No lo dijo así, "por favor" es un intento mío por humanizarlo.] Se movía de un lado a otro, un movimiento pesado, lento. Adolecía, apretaba los ojos, los puños, como signo exacto del tormento. Uno nunca sabe qué hacer frente al sufrimiento ajeno. Lo miré. Miré ese espacio de dolor y lo hice. Traté de borrar mi vida a su lado, guardar las pérdidas y los lamentos. Cancelar el día que dijo que le avergonzaba ser mi padre. Tuve que hacer invisible tantas muchas otras cosas. Tal vez él no era así por gusto, tal vez no sabía cómo amar, tal vez como ocurre en las telenovelas, lo que nos hacía lo hacía por amor. Tal vez fue así como aprendió a amar con sus propios padres. Tal vez las huellas del abuelo estaban en cada uno de sus actos. Tal vez, tal vez.

Mi padre era un animal herido rogando por aire. Encontré compasión, hice lo que nunca había hecho: tomé su mano. Yo, tomé la mano de mi padre y le dije: "Todo va a estar bien". Él, abrió los ojos, enormes, penetrantes, únicos. ¿Era eso una sonrisa? Papá parecía un niño pequeño, perdido en el parque, la mirada del que acaba de ser encontrado. Pero no. Papá me miró y dijo: "Tú qué sabes, imbécil", y exhaló.



Los platos eran enormes

Los platos eran enormes. Infinitos. Mamá sirvió puré, carne y verduras en ellos. Cantidades gigantescas. A comer, dijo. No recuerdo bien, pero supongo que nos mordimos el labio o una uña o escondimos las manos dentro de las mangas. Lo que sí es seguro es que cruzamos miradas y asentimos.

Marina y yo avanzamos resignadas hasta el comedor. Cada una tomó su lugar en la mesa. Los platos ya estaban ahí, esperándonos. Mamá acercó nuestras sillas para que no hubiera espacio entre cuerpo y mesa. Sí, eso lo recuerdo bien, la delgada línea de aire entre el cuerpo y la mesa. La miraba yo, la línea, cuando mamá dijo: A comer. Observé mi plato. Marina hizo lo mismo. Cruzamos miradas de nuevo. De sus labios, sin sonido alguno, alcancé a leer: hue-le-mal. Yo, de la misma manera, le dije: Có-me-te-la. Pero Marina tenía razón. Ni el puré ni la carne tenían el mejor aspecto. Las zanahorias tenían un color oscuro. Los chícharos, ay. Quién sabe cuánto tiempo tenía esa comida en el refrigerador, o qué día la habríamos comido rica y fresca. Ninguna de las dos se animaba a levantar el tenedor, ¿dónde estaba el valor para hacerlo?

A comer, dijo otra vez mamá.

Nenitas

Yo miraba y miraba y otra vez volvía a mirar la comida para, tal vez, en un inesperado acto de magia desaparecerla toda. Marina, en cambio, tenía los ojos cerrados. Mi pequeña hermana apretaba sus párpados y luego los cubría con ambas manos. Ésa, también, era una forma desesperada de buscar la magia para hacer invisible la comida.

Pero no, los platos y su contenido seguían ahí. Ahora cruzábamos miradas con ellos, era como jugar vencidas. ¿Quién ganaría esta vez? Sentíamos los unos por los otros la misma sensación de disgusto. Otra vez estábamos ahí, los unos frente a los otros. Nosotras versus los platos enormes.

A comer, insistió mamá. El tono era otro. La mirada era otra. Mamá era otra. Se paró a un lado de la mesa, mano en la cintura, a esperar que Marina y yo comiéramos en silencio. Ella inhaló, yo exhalé. Tomamos los cubiertos. Los movimos de aquí a allá sobre el plato, deslizamos la comida en su superficie. Pusimos porciones pequeñísimas en el tenedor. Hicimos como que sí, como que comeríamos, como si todo eso fuera el más delicioso platillo.

Para nuestra suerte, el vaso de mamá ya estaba vacío. Dejó el comedor y avanzó por el largo pasillo hasta la cocina. Sus tacones eran el único sonido en casa. Clac, clac. De pronto reconocimos el sonido de la botella vertiéndose y luego el cling, cling de los cubos de hielo. Luego vino su voz cantando la canción de siempre. Era como si Lupita D'alesio le hiciera los coros a mi mamá y no al revés. Se interrumpió un segundo para gritarnos desde la cocina: ¿Ya están comiendo? Luego a su voz y a la canción se unieron el sonido de los zapatos, de los cubos en el vaso, mamá regresaba al comedor.

No había salida.

Teníamos unos pocos segundos.

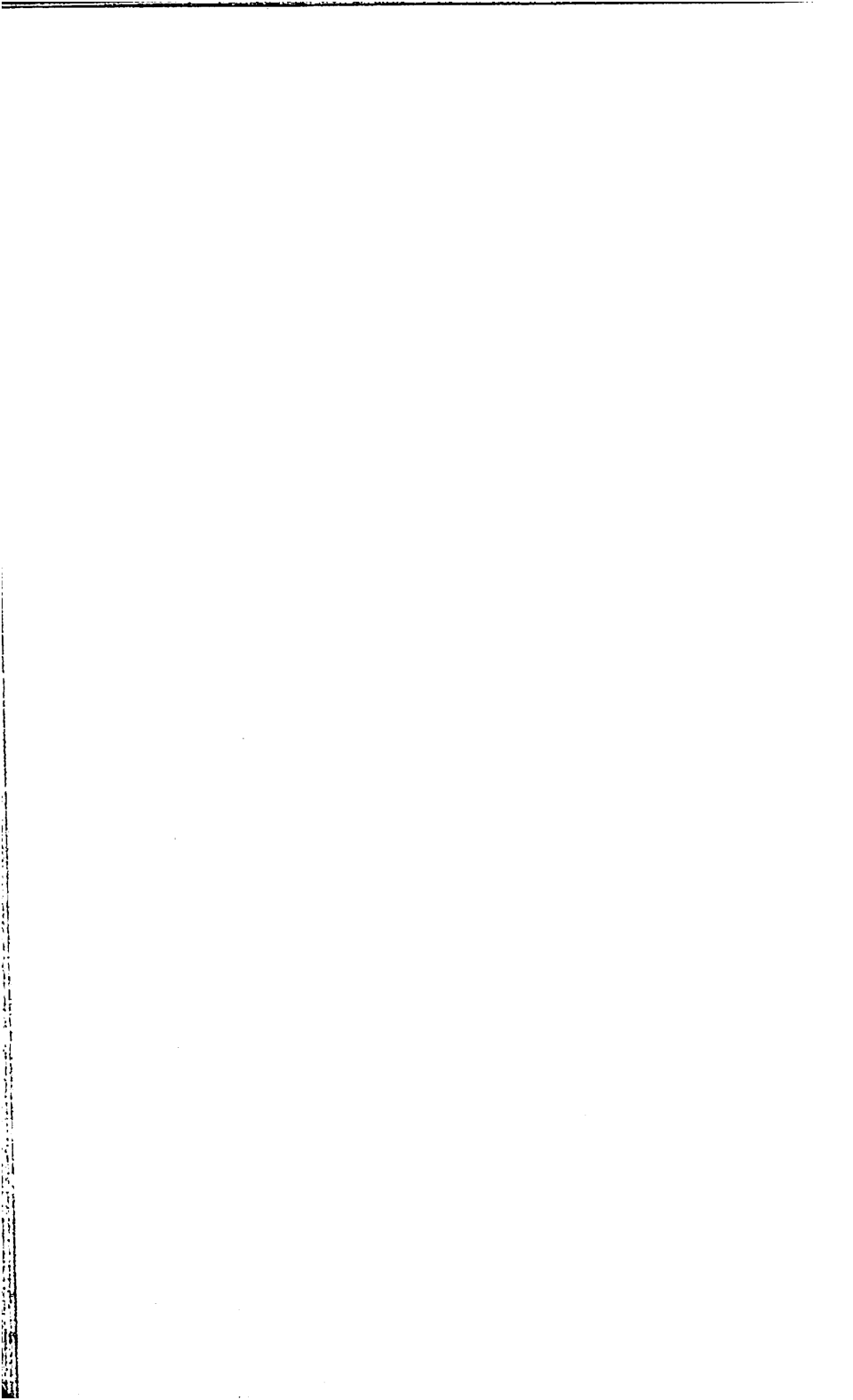
Comenzamos. Cortar un poco de carne. Tragar un poco de puré. Empujar los chícharos. Rozar las zanahorias. Sentir la entrada de la comida por la boca. Su olor, su sabor. Comer lo que nos daba mamá, en esos últimos meses, era un juego extremo.

Masticábamos con rapidez. Éramos como esos niños que comienzan lento en el subeybaja pero desean velocidad, como si de salir volando se tratara. Comíamos muy rápido. Chomp-chomp cada bocado. Para mamá éramos lentas. Sí, mamá ya estaba ahí, a un lado de la mesa, observando. Nuestra lentitud la exasperó. Pronto, su cuerpo, su mirada, su voz... todo en ella, era rabia. A comer, dijo. Y golpeó la mesa. Era sorprendente el poder de un solo puño, su puño.

Lo siguiente ocurrió así: tiró su vaso, arrebató mi tenedor, colocó carne, puré y verduras, me urgí a abrir la boca y metió todo. Repitió la misma operación con mi hermana. Muchas veces. Demasiadas veces. Van a comer, van a comer. Hacíamos lo posible por no devolver los bocados. Jadeábamos, hacíamos arcadas. Era imposible seguir su paso. No podíamos, una y otra escupíamos esto o aquello. Una y otra llorábamos sin hacerlo. Una y otra. Una y otra.

No dijimos nada. Ni esa vez, ni las siguientes que vinieron. Ni Marina ni yo decíamos nada. Nunca dijimos nada, ni a papá ni a nadie. Comíamos, solamente. No era fácil, los platos eran enormes. Infinitos.

La primera vez tenía ocho años.



Nunca rabia

Sus padres le pidieron que saliera al jardín pues "tenían cosas que hablar". Elena obedeció. Caminó despacio, casi con fragilidad. Se sentía pequeña. Observó el jardín. Acababa de llover, ¿dónde sentarse y a hacer qué? Se acomodó en la banqueta, húmeda por supuesto. Trató de ignorar las palabras de sus padres, como siempre que discutían. En su mente cantaba una canción, la repetía para borrar eso que no entendía del todo, eso que venía de boca de ellos y que presentía terrible.

Entonces, descubrió una varita caída del sauce. El viejo sauce. La tomó y se puso a dibujar sobre el lodo. Fila de círculos, figuras varias; luego, cuando la pizarra de lodo estuvo cubierta, comenzó a tocar apenas el charco frente a ella, formando ondas que crecían poco a poco. Como ese extraño sentimiento dentro de ella. Pero a los ocho años uno no sabe definir sentimientos. Al menos ella no. Ser niño a veces implica no saber.

Desde aquel rincón del jardín alcanzó a ver algo de un verde distinto a todos. Se movía. Elena se levantó, caminó sigilosamente. Descubrió unos ojos. Era una rana. Avanzó un poco más. Luego, más cerca de ella, se quedó quieta. Ninguno de los dos se atrevía a moverse. Los ojos del animal no le quitaban la vista. En su mirada había algo que ella no comprendía, una especie de dulzura que aborreció desde el principio.

De pronto, algo inexplicable llenó su cuerpo. Elena apretó la vara en su puño y dejó caer un golpe frío, certero, sobre la rana. La

Nenitas

cosa se movía aún y ella dejó caer la vara, una vez, dos veces, tres veces. No sentía asco, no sentía miedo, no le importaban las manchas sobre sus zapatos. Cuando terminó, pateó el animal, aventó la vara y experimentó una sensación que no podía definir... pero le agradaba.

¿Cuánto tiempo tenía su madre parada en la puerta cuando la vio? Elenita, tienes que controlar tu rabia, le dijo con una dulzura sorprendente. La niña, con una voz igualmente dulce contestó: pero yo no siento rabia. Siento muchas cosas pero eso no.

Ese día, a los ocho años, mató por primera vez a un animal, ¡cuántos más habrían de venir! Ese día, Elena descubrió lo que de adulta, a veces llama instinto y otras veces placer. Pero nunca rabia.

Morder la vida toda

Me he vuelto más consciente de las cosas. Por ejemplo, me doy cuenta de que me canso con más facilidad. Incluso escribir puede dejarme exhausta. No es que lo haga mucho, pero desde que nos dieron el diagnóstico y decidí escribir, siento que después de un rato la mano y el brazo y la espalda, el cerebro y los ojos y todoto-dotodo termina: uffff. Me doy cuenta, también, de que mi cuerpo está cambiando, pómulos donde había cachetes, líneas más delgadas, ojeras más profundas, huesos que saltan aquí y allá. El cabello sigue ahí, a diario lo reviso. No me ha pasado eso que le ocurre a los protagonistas de películas, ya sabes, estar frente al espejo arreglándose para un gran evento y ñacas, un mechón en sus manos dejando un cráter en la cabeza. No, el cáncer todavía no llega a esos desplantes.

Sé que no tarda.

Mis papás, ya te la sabes, me tratan con dulzura y compasión. Escucho que mi madre llora apenas le doy la espalda. Imagino que mi padre la toma del hombro, cierra los ojos, dando la señal de fortaleza que él, como hombre de familia, debe tener. Armo en mi mente una escenita de aquéllas. La verdad es que les cuesta fingir que no pasa nada, llegará un momento en que ni siquiera puedan decirme *todo estará bien* porque para entonces *todo estará podrido*. Literalmente. Pobres, me dan lástima, no creas. Se van a quedar

Nenitas

bien solos, ¿quién les manda no haber tenido más hijos?, habrían podido envejecer viendo un montón de fotos en la pared con rostros que repiten sus gestos. En lugar de eso se quedarán sólo con el mío. Voy a colgar de esa pared, recordándoles que estuve y luego no y qué triste la vida ay, ay, ay, ay, y así.

La noticia, por supuesto, nos cayó de sorpresa. O sea, tienes 16 años, estás en esa edad que lleva la etiqueta de *todaunavidapor-delante* y un día te desmayas, todos los de tu escuela dicen: está embarazada porque claro todos en la escuela ven las mismas pinches telenovelas: te desmayas igual a estás embarazada. Yo estaba casi en rigor mortis (o como se diga, te culpo maestro de latín por no esforzarte conmigo), así que no vi nada pero puedo apostar que todos miraban a Pepe y lo señalaban con el dedo. Pero se la pelaron porque yo no estaba embarazada, nuuuu. Lo que yo cargaba sin saber era un hermoso y flamante cáncer de páncreas. Después de mil revisiones y clínicas y estudios y laparoscopías y doctores y enfermeras y cuentas por pagar nos lo dijeron:

Su hija tiene cáncer.

Ese día mi mamá dijo algo que me gustó: *hay frases que uno nunca quiere oír*. Regresamos a casa en silencio, rumiando cada uno la tristeza, el dolor o lo que sea que hayamos sentido. Repito: la noticia nos cayó de sorpresa. Mis papás tenían planeada mi vida, no mi muerte.

Antes de todo esto la vida era la vida, como que no te pones a pensar en esas cosas a los 16, tu mundo se reduce a tu banda favorita, tu novio, tus *Converse All-Star* y salir botando de casa en cuanto se pueda.

Tampoco es que haya cambiado mucho mi proyecto existencial. Esas cosas siguen siendo importantes para mí porque, si has de saberlo, secretamente me preparo para dos cosas al mismo tiempo: morir y vivir. Es muy loco, ya sé. Me han dado unas ganas bárbaras de vida, claro que sé que no basta con que yo lo quiera, lo debe querer también mi páncreas. No estoy esperando un milagro, ni alucino con que un día amanecerá y existirá una cura. No, yo sé que me voy a morir.

Pero de aquí a que eso ocurra quiero vivir.

Como para hacerme a la idea de esas dos cosas, de que voy a morir y de que quiero vivir, comencé a escribir. Mi teoría es la siguiente, hay que vivir bien para morir bien y, de paso, para escribir bien. Antes de que el señor cáncer decidiera venirse a vivir a ese lugar de mí que nunca he entendido bien para qué sirve (gracias a usted también, maestra de biología) yo ya decía que iba a ser periodista. O escritora. O compositora. O todo junto. El tiempo apremia (neta, siempre había querido usar ese verbo, ¡gracias maestra de redacción!) así que decidí comenzar antes, le dije a mi papá que me comprara un montón de esas libretas que usa el tío (mi tío es periodista y tiene una fascinación por las libretas tamaño carta con resorte de metal arriba). Mi papá intentó convencerme de la compu: *para qué te la compré, pues*, me decía una y otra vez. No creas, yo misma pensé primero en hacerlo todo en mi compu pero me parecía más así como *arty* escribir a mano. Vale, una jalada romántica de morir y dejar atrás una serie de libretas donde *a puño y letra, la joven Nancy Rodríguez nos dejó su legado* (*bestias*, nunca había usado la palabra legado, ¿será que el cáncer también te cambia el vocabulario?).

Nenitas

El caso es que comencé a escribir en libretas.

Ya me acabé dos.

Con el tiempo he ido entendiendo más mi asunto de morir bien, digo tampoco es una ecuación de segundo grado. Lo que me costó más trabajo fue el *vivir bien* (vivir bien por el tiempo que me quede de vivir, claro), ¿cómo se hace eso?, ¿qué quería yo cuando decía *quiero vivir bien*? Entonces un día en la farmacia, mientras recogía uno de mis doscientos medicamentos, oí a dos señoras hablar sobre el hijo de una de éstas, y yo le dije: *Marco, para sentirte feliz tienes que hacer lo que a ti te hace feliz y si a ti te hace feliz estudiar ingeniería y no leyes como dice tu papá, hazlo*. Tan básico todo, tan con sentido lo que decía la mamá de Marcos (habrá que ver si lo decía de corazón o nomás para apantallar a la otra señora). *Haz lo que te hace feliz*. Me fui a casa pensando *si quiero vivir bien tengo que hacer lo que me hace feliz, ¿qué me hace feliz a mí?, ¿qué?, ¿qué? ¿QUÉ?* Me puse mis audífonos, prendí mi iPod y me puse a buscar la respuesta.

El playlist ese día comenzaba con "Gloria", cantada por Patti Smith. Caminaba, tarareaba y pensaba, ¿qué me hace feliz a mí? Al final, cuando acabé con mis pulmones cantando con Patti, lo supe. *La música, sí, la música. La música me hace feliz*. La música me lleva, me trae, me sube, me baja. Me llena. Lo que uno no sabe cómo decir, lo dice la música. Lo que uno no sabe de la vida, lo sabe la música.

Se me ocurrió que puedo escribir de música, escribir de los mejores discos de todos los tiempos (los mejores al menos antes del día de mi muerte). Mi tío viene mañana de visita y se lo diré, le diré que

les diga a los de su periódico, o mejor aún, a los del suplemento dominical que me dejen publicar ahí (y que me paguen, claro), ¿quién podría decirle que no a su única sobrina?, especialmente si es una sobrina moribunda. Ve tú a saber cuánto me paguen, pero lo que paguen será bueno, podré comprarme más discos, otros tenis, un par de pósters, *the whole thing*. Se trata de vivir bien pues, vivir como habría querido vivir si hubiera vivido más de lo que habré de vivir (mira, maestra de redacción, ¡cuántas veces pude usar un mismo verbo de golpe!).

Ya comencé a trabajar en esto. Primero pensé en hacer una lista de discos. Qué cosa tan más pinche difícil, hacer una lista. ¿Qué pones, qué quitas? El Pepe me dijo: *imagínate qué te llevarías a una isla desierta*. Pinche Pepe, ve demasiada tele. Le dije: *¿y si mejor imagino qué me llevaría al ataúd?* El Pepe es bien mariquita y se soltó llorando, pobre. A veces no me mido. Empecé a hacer mi lista de discos para llevarme a una isla desierta, ni pedo. Todavía no la acabo pero puedo decirte que Bob Dylan, AC/DC, Patti Smith, Pixies y, aunque no lo creas, Michael Jackson están ya ahí... el resto son secreto de estado. Iba a decir *son un secreto que me llevaré hasta la muerte* pero aparte de que suena muy ridículo, no me los quiero llevar hasta la muerte, quiero que se queden aquí antes de mi muerte. Quiero que la gente sepa qué pensaba yo de esos discos, quiero que la gente sienta qué sentía yo con esos discos. Que todos vean por qué los elegí, quiero escribir qué me dice a mí esa música o qué creo que esa música nos dice a todos. Porque la música nos dice, nos habla, nos apunta con el dedo. La música nos obliga a pensar, a sentir: a ser. También a moverte, a bailar, uno no puede oír a Pixies sin querer brincar de un cerro (o de una cama) y pegar de gritos.

Nenitas

La música nos hace vivir bien.

El otro día pensé que lo único que no quiero es morirme antes de ir a un concierto, a un concierto en serio, traducción: nada de esas mafufadas que hacen en la universidad o en la casa de la cultura. Aquí no llega nada bueno, ya lo sé, pero en el otro lado sí. Pixies tocó en Arizona hace un año para celebrar el aniversario del *Doolittle*, y ¡¿adivinen a quién no la dejaron ir con Felicia y sus primos?! Me consolé pensando *al cabo que a mí me gusta más el Surfer Rosa* (pero igual me llevaba la chingada). Felicia, bien linda, me trajo una camiseta y unos pins. *Con esta quiero que me entierren*, le dije y Felicia, aguantándose las ganas de llorar, me dijo: qué culera, no digas eso. En serio, no me mido. *Chale, Felicia, lo siento*. Felicia me dijo que entendía que con el humor yo buscaba redimir el dolor. *¿Redimir?*, le pregunté. Me dijo que sí, que no sabía bien qué significaba pero que lo oyó una vez por ahí cuando su papá murió y su mamá se la pasaba limpie y limpie el estudio que él usaba. *Lo que tú quieres es redimir el dolor*, le dijo una tía a la mamá de Felicia. Supongo que tiene razón y yo quiero redimir.

Pero volviendo a lo del concierto, creo que sólo es cuestión de estar pendiente de la cartelera y elegir uno, el mejor, el concierto más perro de todos los conciertos y utilizar la carta ésa de: *mamá no me quiero morir sin antes ver a _____* (inserte usted aquí a una súper banda) _____. Me caga pensar que a veces me aprovecho un poco de La situación (qué risa yo llamándola así: *La situación*), pero no hay de otra, vivir feliz es el mantra. Además, un concierto coronaría una vida entregada a la música. O bueno, bueno, sin exagerar, una casi media vida entregada a la música. *Tú y tu musicota*, dice mi papá. Me gusta cómo le agrega superlativos a ciertas palabras para dar su opinión. Tú y tu musicota se traduce a: ¿por qué escuchas esa

música fea y rara? Tú y tus camisetaotas se traduce a: ¿por qué no te vistes como una señorita bonita?

Yo y mi musicota. Yo y mis camisetaotas.

El Pepe está bien triste. Si por él fuera vendría todos los días a verme. No lo hace porque no lo deajo. *No seas mamón, las cosas no van así, además ¿quién te dice que yo quiero verte todos los días? Que me vaya yo a morir no significa que esté más enamorada de ti*, le dije. Bien culera yo, ya sé. Pero el Pepe aguanta vara. Me hace disquitos con música mezclada, me escribe tarjetitas. El otro día le dije que si no sería buena idea dormir juntos antes de morirme. Se quedó bien serio, se sentó en la cama: *yo también lo he pensado*, confesó. Nos quedamos ahí, viéndonos el uno al otro. Podía ver cómo se iba haciendo pequeño de tristeza. Me senté a su lado, le puse la mano en el muslo y empecé a besarlo, primero despacito, luego más acá... Trató, sí... trató de responder, me puso la mano en el cuello, acarició mi cabello (y por unos segundos pensé, donde se le quede un mechón mío en la mano, ya valió madres). Se detuvo. *No, Nancy, tal vez no sea tan buena idea*. Tenía razón, no era ni tan buena idea. No sé si algún día finalmente pasará. Hay veces que se me antoja ya hacerlo, pasar de una buena vez por eso. Sentirlo, dejarlo pasar, que entre y lo tome todo, lo toque todo, lo conozca todo. Pero hay veces que no. Hay veces que me da terror pensarlo encima del cuerpo todofrágil que soy, me da miedo la fuerza, la intensidad, sería como vivir demasiado rápido, no sé.

Si algo me gusta es cómo la llevamos Pepe y yo. Su mamá me cae bien, me quiere mucho. Me manda mil y un aceititos y cremitas y velitas y tal de aromaterapia, porque dice que estar bien armonizada es esencial para una enfermedad como la mía. Dice

Nenitas

que le doy tristeza. A mí también me da tristeza, no creas, ¿qué pinche gana puedo tener de morir justo cuando comienzo a vivir? Al principio fueron semanas infernales, lloraba sin parar, no quería salir, no quería ver a nadie y entonces... No, espera, todavía no es el paréntesis de las confesiones, yo estaba hablando de Pepe y de su mamá. Son bien linda familia. Los dos, solitos, ayudándose, hablándose. Hasta para pelear son lindos. Voy a extrañar llegar a su casa y decirle: *vengo a robarme a su hijo*. Siempre le da risa. *Por mí llévatelo, pero antes que recoja su cuarto*. Mi mamá al principio no veía bien mis cosas con Pepe, no me lo decía pero yo sabía que en su cabeza sólo flotaba la frase: *es madre soltera*. Porque mi mamá es muy *open* para unas cosas pero para otras sigue siendo *old fashioned*, no parece darse cuenta de que es más rara ella por seguir casada con 1) el mismo marido y 2) que para colmo fue su primer novio. Ahora ya no me dice nada, te digo, eso de la dulzura, la compasión y el miedo a la muerte aflora a cualquiera.

He pensado en anotarme en el hospital como sujeto de experimentos para pruebas y mamadas de esas clínicas, que me estudien toda, todita, que los doctores incrementen su conocimiento del oscuro y recóndito y maldito misterio del cáncer y que vayan formulando vacunas (que a mí, a huevo, ya no me van a tocar), ¿para qué?, para pasar a la posteridad y, claro, para ayudar a otros... porque sí está bien pinche cabrón enfermarse de una cosa tan irremediablemente que tu única salida sea un remediablamente que acaba contigo. O sea, con el cáncer o te mueres del cáncer o te mueres por su tratamiento. Aparte estaría padre tener una vacuna con tu nombre: Nancy-7 por ejemplo.

Nancy-7 sería también un nombre genial para un grupo.

Ahora sí, abramos el paréntesis de las confesiones. Un día mi mamá entró al cuarto y me dijo *cómo estás* y yo *pues cómo crees que estoy si me voy a morir* y ella *hijita no te pongas así, hablemos, déjanos estar contigo...* Me quería abrazar y yo no me dejaba, y se le salió decir: *pero si no te abrazo ahora, luego ¿cómo le haré cuando no estés?* Pum, qué madrazo. Yo creo que no lo pensó, una mamá se supone que debe decir *vas a vivir hijita, vas a salvarte, ya lo verás* pero ella fue honesta y dijo lo que sentía, la verdad y te me callas. Me gustó. *Luego cómo le haré. Cuando no estés... Cuando no estés.* Bien drama todo. Éste es el momento de abrazarla, me dije (debo decir que mi mamá y yo estábamos, antes del señor cáncer, en ese periodo en que ni en pintura nos podíamos ver, discutíamos todo el tiempo que si el pelo, que si esas fachas, que si te llevaste el carro sin permiso) (bueno, nunca me llevé el carro sin permiso, nomás quería ver cómo se sentía escribirlo). El punto es que ese abrazo enmarcó muchas cosas no para *nosotras* sino para *cada una*. Ese sentimiento de *tengo que abrazarla ahora* se extendió a muchas cosas: *tengo que salir ahora, tengo que escribir ahora, tengo que vivir ahora*. No fue automático pero sí, este momento fue el que me sacó del llanto y volví a mi rutina.

Volví a la vida, pues. No, no volví a la vida porque siento como que antes no hubiera tenido vida. Llegué, eso es lo correcto. Llegué a la vida.

Escribir es lo que más me entretiene en los últimos días pero como ya dije, me cansa un montón. A veces leer también me cansa. Hoy por ejemplo había decidido echarme enterito *El Libro del Desasosiego* de Pessoa y no pasé de la página 44, me clavé en eso que dice "Todo se me evapora Mi vida entera, mis recuerdos, mi imaginación y lo que me contiene, mi personalidad, todo se me eva-

Nenitas

pora". ¡Toma! A Pessoa llegué por mi maestra de redacción (no es tan barco como la hago parecer yo), creo que por ella me entraron más las ganas de escribir. Nos pone a leer cosas suaves. Obvio, los del salón se lo pasan todo por el arco del triunfo pero yo y otros dos sí caímos en las redes de la literatura. Por ejemplo, nos dio a Fernando Pessoa. De no ser por ella, en mi vida habría escuchado hablar de él. Tuvo una vida fascinante —o al menos así la pinta Wikipedia—, él era cuatro escritores al mismo tiempo. Bueno, no voy a dar aquí lecciones de poesía, el caso es que leí un poema de él que me gustó muchísimo y que recordé unas semanas después de que mi madre y yo nos abrazáramos. El poema dice:

*Si yo pudiera morder la tierra toda
y sentirle el sabor sería más feliz por un momento...*

Áaaamonos, ¿a poco no es buenísimo? Y luego remata con:

*Pero no siempre quiero ser feliz
es necesario ser de vez en cuando infeliz para poder ser natural...*

¡Tómala duro! Me encanta esto, lo tomé como mi filosofía de vida (y de muerte). Sé, sé muy bien que no voy a vivir siempre, es necesario de vez en cuando morir para poder ser natural. Yo quiero morder la tierra toda, morderla, sentirle el sabor.

Morder la vida toda.

Yo, duelo

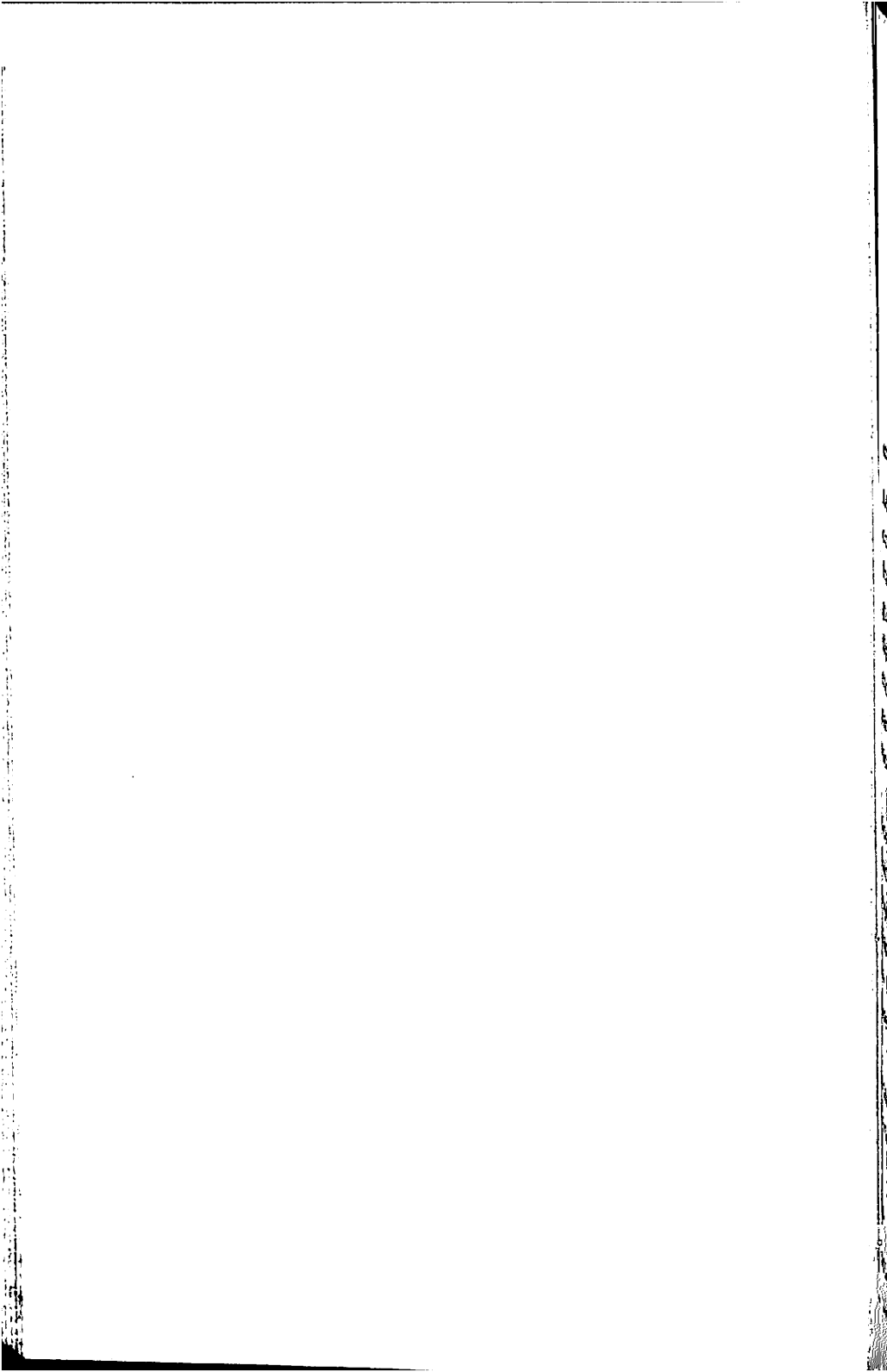
*Mobiliarios que dolían en el aire,
en los huesos, en la piel.*
Socorro Venegas

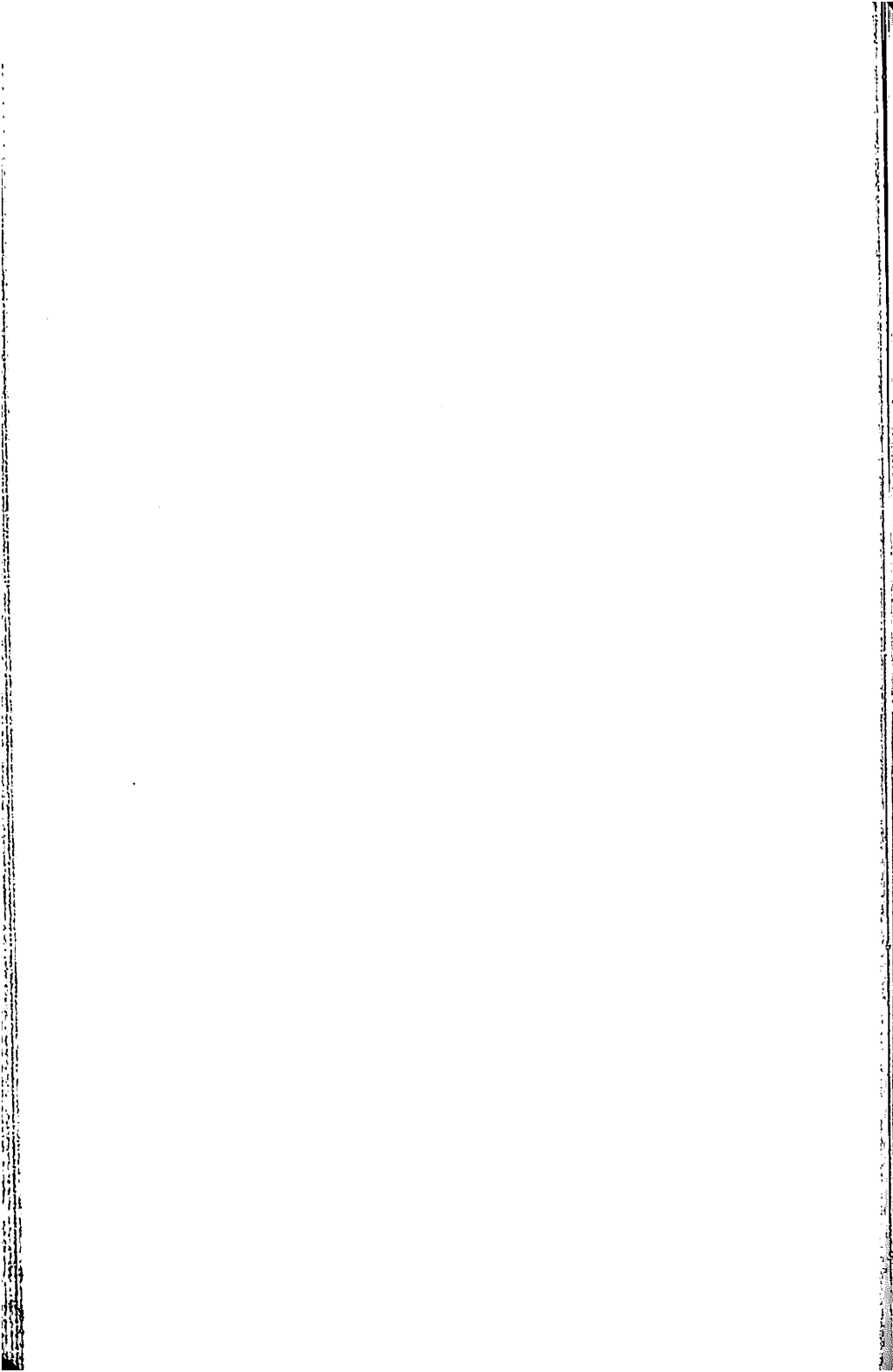
1. Mamá ha muerto. Me lo han dicho por teléfono esta mañana. Tomaré el primer avión de la tarde.
2. Llego a casa con prisa. Sin ganas. Busco en mi clóset la ropa adecuada. Colores, colores... nada negro. Encuentro a lo lejos, casi sin estar, un pantalón que no recuerdo cuándo compré y un suéter que desconozco.
3. Meto lo que puedo a la maleta.
4. A punto de salir, pesco un libro. No quiero leer nada que tenga que ver con la tesis.
5. Dentro del avión, leo a Socorro Venegas. Habla de *la voraz memoria de los objetos*. Me gusta el desaliento de su frase. La subrayo: *la voraz memoria de los objetos*.
6. Han perdido mi maleta. ¿Cómo no la subí conmigo? No era tan grande. He perdido una hora en el aeropuerto haciendo los trámites del reporte. A nadie parece importarles. A nadie parece interesarle mi tiempo. Nadie ha venido a recogerme.
7. Tomo un taxi pero no sé a dónde dirigirme. Le he dado al chofer la dirección de mi casa, si no hay nadie ahí, entonces a la funeraria.

Nenitas

8. En el trayecto me pregunta si tengo calor, si quiero un dulce, si me molesta el cigarro, si siempre soy tan seria, si me siento bien. Digo: sí, no, no, sí, no sé.
9. No sé.
10. El carro de mi hermano está estacionado afuera. Me alegro de que así sea. A punto de pagar se me ocurre pensar que quizá sólo sea el carro y él no esté aquí. Le digo al taxista que me espere. Me dice que sí y me da un kleenex. Supongo que he llorado sin darme cuenta.
11. Veo mi reflejo en su ventana. Sí, estoy de duelo y se nota.
12. Pienso en la palabra duelo.
13. Duelo. Yo, duelo. Lo escribo en mi mente.
14. Camino hacia la casa. Tengo la batalla de siempre con la reja de entrada. Observo el jardín, las mecedoras de mamá y sus macetas. La manguera.
15. Su naranjo.
16. Estoy aquí. Aquí donde todo es conocido. Aquí donde todo es raro.
17. Adivino el interior. Ella no estará del otro lado de la puerta, no me recibirá un abrazo, no me preguntará sobre la escuela. No me hablará de los cambios en la casa. No me mostrará la nueva figura de cristal de su colección.
18. No puedo estar aquí.
19. No quiero observar de frente la muerte. La muerte de mi madre.
20. Pienso de pronto en ella recogíendome el cabello, limpiando mis lentes, dictándome una carta para la abuela, diciéndome cuánta azúcar lleva un volteado de piña.
21. Sus plantas, sus mecedoras, estarán solas. Los muebles habitarán donde mismo por siempre. Sus figuras de cristal serán presa del polvo.

22. Su naranjo...
23. Me convenzo de que es mejor alejarse de la gente, de las casas y de los objetos cuando duelen tanto. Alejarse de la memoria que es tan cabrona.
24. Subo al taxi, tomo mi celular y hago unas llamadas, le pido al chofer que me lleve de nuevo al aeropuerto.
25. Estoy en la sala de espera. Tengo el mismo libro sobre las pier-nas y temo abrirlo. Deseo incluso no volver a leerlo, deseo borrar esas palabras que parecen hablar irremediabilmente de los objetos de mamá.
26. Llego a mi casa. Me topo de inmediato con la única figura de cristal que acepté de mi madre. La miro, la tomo, me habla al oído, me dice que nada puede saciar la voraz memoria de los objetos, la voraz memoria de los objetos, la voraz memoria de los objetos.





Odio-mi-vida

uno

Mi mochila tiene un dibujo con marcador negro. Es un diablito con cuernos y mirada aterradora. Sobre su cabeza, se extiende una frase: **ODIO-MI-VIDA**. Mayúsculas, cada palabra separada con guiones y bien subrayado. El dibujo lo hice yo, pero a mi madre le dije que había aparecido. Fue en el recreo, estoy segura, como las mochilas se quedan solas... No, mamá, no hables con la maestra, para qué, a mí no me importa. Nonononono voy a cambiar de mochila, es MI mochila.

Una niña necia, eso es lo dice mamá de mí. Busqué en el diccionario la palabra. Me gusta ser eso. Los cariños de mamá no me hacen cambiar de opinión: yo odio mi vida. Nadie lo sabe, claro. Soy pura sonrisa, todo un ejemplo: digo gracias, por favor, buenos días, buenas tardes, buenas noches. Soy un encanto de niña. Beso en la mejilla a tías y tíos. Recito o canto en las reuniones familiares.

Nadie sospecha que detesto mis días. Los odio, los odio de veras: avanzan lentos como esas orugas del patio de la abuela. Días silenciosos e inmóviles. Como la abuela.

dos

Nadie sabe, tampoco, que quiero escapar. Escapar para siempre de los siempre. Volver nuncajamás. Nadie sabrá a dónde voy. Mamá

llorará por mí, papá me extrañará a rabiar, incluso la abuela sentirá que algo es distinto en sus días planos. Les voy a hacer falta, especialmente a Marissa, mi querida Marissa. ¿Y si me la llevo? Podría ser mi cómplice.

tres

¿Estás loca Yuyi?, ¿cómo irte, cómo así? No, Marissa, mira... la cosa está así, los odio a todos, a mamá, a papá, a los tíos. Odio que la abuela esté toda tiesa, odio la casa del árbol que nunca terminaron, odio la escuela, la clase de ballet, los sábados de girl-scouts. Odio mi vida y no quiero seguir así. Voy a vagar por el mundo, y no voy pensar en quién se pelea con quién y por qué, ni quién se enferma, ni quién se murió o quién se va a morir. Marissa, quiero que te vengas conmigo, ¿qué dices? El mundo es nuestro, NUESTRO. Ves muchas caricaturas, Yuyi.

Marissa me ve con sus ojitos verdes, su grandes lunetas de dulce de limón. Te lo digo en serio, nos podemos ir. Marissa calla. Marissa piensa. Marissa pone la boca chueca. Vámonos, vámonos. Ay, Yuyiiii... me dice solamente. Y adivino y lo sé y estoy segura: me va a decir que sí.

Mi prima no odia su vida. La suya es mucho mejor que la mía, lo tiene todo o casi todo. Pero tiene un problema: me quiere a mí más que a nadie. Lo sé porque nadie más se comería los bollitos de talco, azúcar y leche que preparo. Nadie se echaría la culpa por tirar el árbol de navidad dos años seguidos. Y yo, la verdad, hago lo que sea por ella, lo he hecho mildoscintas veces. Moquearme a puños con el Gordo Panela. Recoger un gato muerto del jardín. Mentir por siglos sobre Santo Clós.

¿Escapar, así escapar en serio Yuyi? Le digo que sí, que para siempre de los siempre. Volver nuncajamás. Marissa se muerde las uñas antes de decir: Pues va, pero... shhtt, me dice en voz bajita

antes de cerrar su boca como si fuera un zíper: ¿Qué tal que la abuela se da cuenta? Qué simple eres, la abuela ya no puede oír, lo sabes. Marissa, abriendo de nuevo el zíper de su boca: ¿Pero qué tal que sí o qué tal que ya hasta aprendió a leer los labios? ¿Qué tal si la abuela hace cosas cuando no la vemos? Marissa no es ninguna pendeja, después de todo he elegido bien a mi cómplice.

Tenía razón, ¿qué tal que la abuela podía leer los labios? Hagamos una prueba: Abuela, ¿verdad que te gustaría pegarnos con tus macetas?. La abuela no hace nada, se queda ahí, quietecita, tan quietecita como desde el día ése que la encontraron tirada y la llevaron al hospital. Nos la regresaron como estatua, callada, olvidada de todo. La abuela está frente a nosotras, nos ve y no. El mismo rostro de la semana pasada y del mes pasado y del año pasado. ¿Ves?, estamos seguras aquí.

Así, al lado de la estatua de mi abuela, Marissa y yo juramos escapar juntas.

cuatro

Sólo veo a Marissa los domingos, así que paso los seis días restantes planeando nuestro viaje. Noche tras noche hago una y otra lista con las cosas que debemos hacer y las que tenemos que llevar. Hoy escribí: frutas secas, papel de baño, cepillo de dientes, pasta, una almohada, dos pijamas, un juego de cartas, tres pares de calcetas, dos cobijas... La lista se hace enorme. Imagino nuestra vida. Decido que viviremos en el patio de la abuela. En la casita que ni el abuelo, ni papá, ni ninguno de los tíos terminó de construir. Habrá que acabarla, hacer reparaciones, pero es perfecta, está tan al fondo, tan al olvido, nadie nos verá. Robaremos latas de la alacena. Tomaremos las moneditas que la gente deja en todos lados.

Podemos bolear zapatos para hacer dinero, le digo a Marissa por teléfono. Así para cuando la casa del árbol nos quede chica,

Nenitas

podamos rentar un departamento. Como el de la tía Alicia al otro lado de la calle. ¿No te parece que estaremos demasiado cerca, Yuyi? No, si no es una pendeja, bien lo sabía yo.

Le digo que es nomás en lo que crecemos, ya luego nos iremos a otro lugar. Marissa guarda silencio al otro lado de la línea. Está bueno, Yuyi, oye, ¿qué te parecieron mis dibujos? Marissa me dio ayer unos dibujos de nosotras en el futuro, monitas por aquí y por allá preparando la comida, trepando en el árbol. La verdad no sirven para nada. Marissa y sus dibujitos y sus monitas. Demasiado cabezonas y con piernas muy flaquitas. Marissa y su no poder pintar adentro de la raya. ¿Pero cuál soy yo?, le pregunto. La de pelo rizado, güero. Lo tengo café. Es que así te lo vas a pintar para que no te reconozcan, Yuyi.

cinco

Dos cosas han comenzado a arruinar los planes: el verano y el regreso de papá a casa. Mamá está feliz. Papá también. Ambos decidieron que nos hacían falta unas buenas vacaciones. Tuve que guardar mis planes.

El verano ha sido largo, larguísimo, pero es lo de menos. Esta temporada, para mi desgracia, ha sido divertida. Está difícil odiar una vida llena de albercas, paseos, títeres y parques, comidas al aire libre, regalos, fiestas. Una vida con papá y mamá en el mismo techo, hablándose con cariño, películas en la tele y palomitas en el sillón. Mi papá untando mayonesa y mostaza al pan, mamá poniendo jamón y queso. Además no hay escuela, ni ballet, tampoco hay que ver a la abuela en la posición de siempre... en serio, ¿cómo odiar la vida?

seis

La verdad es que escapar ya no es tan buena idea. Ayer descubrí que el diablito, pintado en mi mochila, se está borrando. Las palabras **ODIO-MI-VIDA** pierden su color en la mochila. Mi deseo de escapar ha perdido color. Ocurrió lo que no planeaba, lo que menos esperaba. ¿Será posible, ya en serio, que mi vida me guste? ¿Para qué irme?

siete

Debo abortar la misión... la cosa será decírselo a Marissa... pero ¿cómo, cómo? Voy a quedar como una mala líder, como una fracasada que se conforma con una familia feliz y palomitas en el sillón. Pero tengo que hacerlo. Tengo que decírselo.

ocho

Mira prima, sobre nuestros planes, la cosa está así... Pero Marissa niega con la cabeza, y me interrumpe diciendo: Ay, Yuyi, Yuyita. Cuando me dice Yuyita el mensaje es claro. Algo está pasando. Sus mejillas se sonrojan. Se quita los lentes y sus grandes lunetas verdes son sólo dos puntitos delgados. Yuyi, ya sé que vienes con más planes pero tengo que decirte algo. Mira, es que... es que... ya no me puedo escapar contigo, no ahora... ¿sabes? No puedo.

¿Quiere dejar el plan ANTES que yo?

Yuyi es que, chale, mira la verdad es que... Cruzo los brazos, adopto actitud de mamá enojada, yo tampoco quiero irme ya, pero no se lo voy a decir... Es que Yuyi, verás... La agarro del brazo, se lo aprieto fuerte, le digo que se apure, que me diga, ya que me diga qué es eso tan mucho más importante que huir.

Yuyi me la avienta toda: voy a tener un hermanito y, la verdad, la verdad, yo no sé qué se siente eso y me gustaría quedarme... al menos hasta que nazca, ya luego... pues nos vamos, si así lo quieres. Marissa va a tener un hermanito. Marissa va a tener un hermanito. Un hermanito. ¿Cómo es que ella antes que yo? ¿Cómo es que ella y no yo? Claro, cómo no iba a tenerlo si sus papás siempre están juntos y se abrazan y se besan delante de todos...

Levanto la voz: ¡Un pinche hermanito! Marissa me hace la seña del zíper en la boca, por la abuela y porque había dicho una mala palabra. Lo repito sin miedo frente a la abuela: "Va a tener un pinche hermanito y no quiere huir conmigo... por un pinche hermanito! La abuela está sin estar, como siempre.

Es que, es que, es que... Nada, Marissa, nada ¿Cómo te explico? ¿Cómo te explico que odio mi vida, que no puedo estar un minuto más aquí? Mis papás ahora están juntos pero hace unos meses no y quién sabe si mañana vuelve a ocurrir. Yo no tengo hermanos ni voy a tener uno. Jamás, nunca, nada, NA-DA. Marissa, lo único que quiero es escaparme y vivir contigo...

No sé qué me pasa. Yo miento y miento y miento. Miento con todos mis dientes, como decía la abuela. Ya no quiero irme pero eso debía decidirlo yo y nadie más, la primera en tener hermanos debía ser yo y nadie más. Nomás que nazca nos vamos, te lo prometo.. De sus puntitos verdes salen las lágrimas más gordas, de su nariz los mocos más largos. Tus papás, tus papás ya están juntos otra vez, Yuyi, míralos, ya no se van a separar y a lo mejor, a lo mejor...

¿La oyes abuela, la oyes? Me hago una panza de embarazada frente a ella, luego acuno en mis brazos un bebé inexistente y al final apunto a Marissa. Mi tía está embarazada, Marissa va a tener un hermanito, abuela, y yo, yo nada, yo nunca tengo nada. La abuela está ahí, testigo mudo de nuestra charla.

Marissa llora más. Me abraza y me dice al oído: Nomás que nazca, Yuyi, nomás que nazca y nos vamos. La dulce Marissa. No le dije nada. No le dije que me daba gusto que tuviera un hermanito, que tendríamos un bebé para jugar las dos, porque no era lo que pensaba en ese momento. Nada, no le dije nada. Le dije al oído: tu pinche hermanito me las va a pagar. Marissa, silenciosa como la abuela. Una estatua. La estatua de Marissa.

nueve

Hoy les pregunté a mis papás si algún día yo tendré un hermanito o una hermanita. No me dijeron nada. El silencio volvió a la casa, come con nosotros, se sube al carro, viaja a todos lados con nosotros. Se sienta en la sala y no se va. Tengo miedo, ya no odio la vida, ya no me alegra la vida, ahora me da miedo. Hemos vuelto a la época de dile a tu papá que... dile a tu mamá que...

diez

Las malas noticias ocurren en la madrugada. Así fue cuando la abuela se enfermó. Hoy me levanté cuando oí los qué, cómo, cuándo de mamá, después de que sonó el teléfono. Papá no estaba ahí. ¿Cuándo se había ido?

Llegamos al hospital y mi tío se abalanzó a mamá. Le dijo: lo perdió. ¿Qué había perdido la tía? ¿Dónde estaba Marissa? Tengo que estar con ella, quiero estar con ella, ¿sólo yo la puedo entender? Mi tío me manda a la cafetería. Es el pasillo más largo que he cruzado, en mi cabeza escribo y borro y vuelvo a escribir lo que puedo decirle. Le diré algo lindo, la voy a abrazar, vamos a llorar juntas y luego diré algo inteligente y gracioso, nos vamos a reír y luego a llorar otra vez. No sé qué haría sin ti, Yuyita, me va a decir.

Nenitas

Marissa no llora. Tiene una cara sin cara. Boca cerrada, ojos idos, puños en la mesa. Marissita, lo siento mucho, le digo. Trato de abrazarla pero no se deja. ¿Qué haces aquí? La voz, la dulce voz de mi prima se fue. Se murió, ¿ya supiste? Se murió mi pinche hermanito. Sí, como lo llamaste tú, se lo sacaron a mi mamá de la panza, sí, a mi pinche hermanito... y mi mamá está grave, muy grave. Mi pinche mamá se está muriendo, Yuyi. Ya debes de estar contenta, lograste lo que querías, ya también odio mi vida como tú, ¿viste? Marissa extiende su brazo izquierdo, se levanta la manga y ahí, grande, con un marcador negro está un pequeño diablo con cuernos y la frase odio-mi-vida. En minúsculas pero subrayado, terrible.

No sé qué hacer. Mi mochila, mi diablito, mi prima, mi tía, el hospital, la abuela y su cara tiesa, papá, mamá. Mamá se acerca a Marissa y la toma del brazo, lee su brazo. ¿Y esto?, le pregunta. Pero mi prima no dice nada. Mamá me mira, me abraza.

Estamos sentadas en unas sillas. Nos fundimos en ellas, somos las sillas. ¿Cuánto tiempo más estaremos aquí? Vi el sol y ahora veo la luna. Marissa está sentada del otro lado pero ni siquiera voltea a verme. ¿Por qué no me acerco? ¿Por qué no le digo a Marissa que todo, todo lo que había dicho era mentira? Que no nos íbamos a ir, que nunca nos vamos a ir.

once

La abuela murió hoy. Tenía los ojos abiertos. Yo la encontré. Mi mamá y mis tíos hacen llamadas y toman turnos para llorar. Mamá no habla. Me le acerco, me siento en sus piernas. No, chiquita, ahora no, me dice. Tengo que decirte algo, déjame decirte algo, insisto. Pegadita a su oreja, en voz baja le digo: por mi culpa se murió el bebé de la tía y... Ya, nenita, ya. Silencio. Anda, ve, habla con ella, trata de hacer las paces, no se la pueden pasar así.

Pero no hago las paces con Marissa porque Marissa odia la vida. Me odia a mí.

Todos los tíos de este país

a Favio

Al tío se lo llevaron ayer los policías, acusado de "lesiones graves con arma de fuego atenuado por emoción violenta". Mamá les dijo "a mí, háblenme en cristiano... ¿qué es todo eso?". Se lo llevaron por pegarle un tiro al chofer que mató a su novia. Nosotros ni sabíamos de ella, el tío aún no la había traído a casa. Debíó de quererla mucho.

El chofer no murió, está en el hospital, gravísimo. "Donde se muera el hombre, a tu tío se lo carga la chingada", dice mi mamá al salir de casa de doña Luz. El hijo de doña Luz estudia derecho y él le ha explicado lo que puede ocurrir con la situación. "¿Qué se le habrá metido en la cabeza a tu tío?", me pregunta. Yo no sé ni qué contestarle. "Pero si hablan tanto, ¿cómo no sabes nada?". De acuerdo a mamá, yo debería de saber por qué mi tío hizo lo que hizo. Pero no, yo no sé nada. Yo sólo sé que esta mañana que me levanté y lo vi en la mesa del comedor, veía el periódico, veía su foto en él otra vez. Sabía que algo le pasaba. Le dije: "Tío, ¿está usted bien?". Me contestó: "Para eso sirve la tecnología, para que

Nenitas

veamos cómo nos va a llevar la chingada". Aventó el periódico en la mesa, se levantó, abrió el refrigerador y se quedó quieto frente a él. El tío y su pararse encorvado, sus pies bien juntos. Como buscando y no. Al ratito de eso llegaron los oficiales por él. No hubo jalones ni ofensas, se quitó la boina, el reloj y me los dio. Se fue con ellos sin más.

Le hemos conocido varias novias, las trae a casa y en menos del mes todo se acaba. Un día me dijo que el problema era presentárselas tan pronto a mamá. Es cierto. Vienen una, dos veces, con suerte hasta tres y luego la relación se acaba. Mi mamá termina diciéndole "tengo razón, José, no te convenía, no necesitamos otra mujer acá, así estamos bien". Nunca he entendido por qué el tío sigue viviendo con nosotros. Pero no imagino la vida sin él.

Luego está el asunto de la pistola. ¿Cómo es que el tío tenía la pistola justo en ese momento? "Con los hombres como tu tío no se sabe", dijo mamá cuando le pregunté. Yo nunca me había puesto a pensar que el tío tuviera una pistola. Era obvio que sí, ahora que lo pienso en realidad la pistola y esta boina eran lo único que nos recordaba su pasado en el ejército.

Dice el hijo de Doña Luz que existe la posibilidad de que, en el mejor de los casos, al tío le den pocos años por como sucedieron las cosas. A mi mamá eso la conforta. "Es que con su salud, ¿quién va a cuidarlo en la cárcel?, se nos muere, se nos muere ahí".

Yo no sé qué pensar. Tomo mi mochila y le digo a mamá "Ya me voy". Ni siquiera me contesta. Abro el refri y tomo lo primero que veo: un jugo V8 de los del tío, tomo el periódico que el tío dejó en la mesa y me salgo por la puerta de la cocina. En vez de tomar el camión me voy caminando. Ya estoy tarde de todos modos.

Abro el jugo y le doy el primer trago. Sabe horrible. ¿Cómo se puede tomar esto el tío todos los pinchados días? No está como para escupirse, pero casi. Me tomo otro trago y miro el bote buscando algo que me explique su sabor así: 8 Verduras, dice. Un trago más y de pronto frente a mí están mamá y el tío alegando por el jugo. Él diciéndole que sabe mal, ella insistiéndole que es lo que le va a ayudar a su estómago. "Pero no me gusta el tomate, ya sabes", le dice él. El tío parece niño chiquito y mamá se lo dice: "Pareces niño chiquito, José". A mí tampoco me gusta el tomate. Yo también parezco niño chiquito.

Le doy otro trago al jugo. Después de un rato uno se hace al sabor. Llego a la esquina y decido irme por Montemayor. No puedo acordarme si fue Montemayor y Real o Montemayor y Quinta donde ocurrió todo. Alguna señal habrá, pienso. Sigo caminando sin mirar nada más que la banqueta. El tío me regaló estos tenis por mi cumpleaños. "Mira, flaco, visionudos como a ti te gustan", me dijo riéndose. "¿Cómo se te ocurre regalarle esas cosas a Pepe?, va a parecer cholo", lo regaña mi mamá. Pero yo ya tenía los tenis puestos. "Me van a servir para el básquet", le dije.

Voy apenas a la mitad del jugo y ya pensé en unas quinientas cosas que he tenido gracias al tío. Carritos, bicis, videojuegos, viajes a la playa, ropa, zapatos, libros, dinero para salir, dinero para ahorrar. No puedo creer lo que está ocurriendo. A mi tío se lo llevan al bote y mamá se queda en casa y yo me voy a la escuela. Deberíamos estar ahí con él o con un abogado o algo. Algo, deberíamos estar haciendo algo.

Del tío tengo el nombre y muchos recuerdos, del tío tengo los ojos y quiero un día el bigote. Cuando estaba en la primaria y él venía por mí, siempre había alguien que preguntaba: "¿Es tu papá?"

Nenitas

yo no decía ni sí, ni no. Sólo sonreía y me iba con él, de la mano cuando más pequeño, a su lado conforme fui creciendo.

No sé exactamente dónde fue. Esperaba encontrar una mancha de sangre en el pavimento o el sitio acordonado, como en las películas. Si seré pendejo. El tiempo no se ha detenido en esta calle. Todo está como si nada. Hay una señora vendiendo quesadillas. Le pregunto: "¿Usted sabe dónde fue que atropellaron a la señora el otro día?". Me mira de pies a cabeza y me dice: "¿A Martita?, fue ahí en esa mera esquina". Martita. Ni siquiera sabía su nombre. La señora habla y habla.

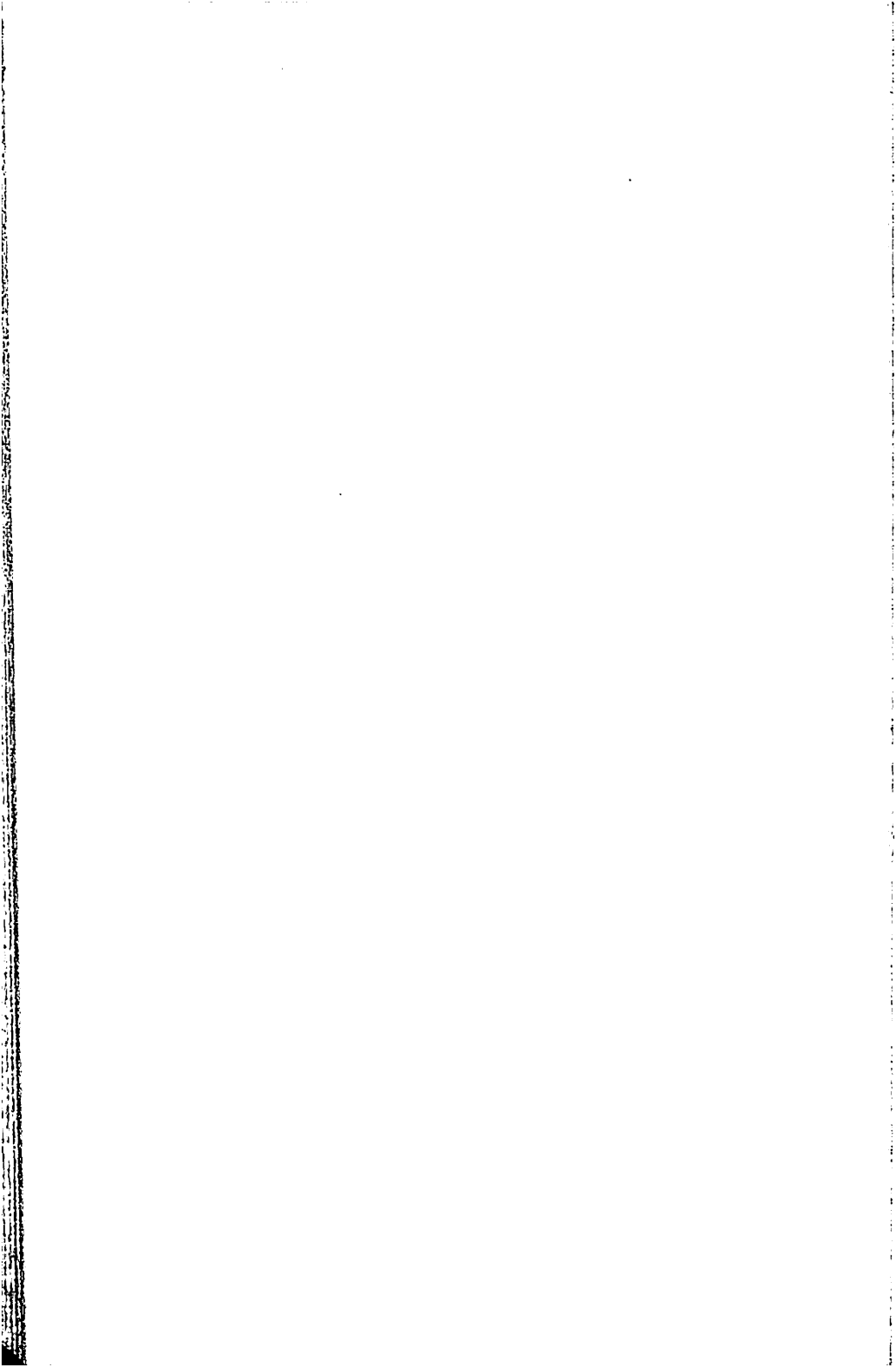
Martita Barrera. Trabajó en el súper y luego en la farmacia. Dos hijos. Viuda. Salía con un militar. "Un señor muy amable, la quería mucho, pa mí que se iban a casar... ve tú a saber qué pase con los niños...". No me pregunta nada, no se le hace raro que esté curioseando. "¿Y usted vio cómo fue?", le digo. Pero han llegado clientes y ni siquiera voltea a verme. Tengo ganas de que me vea de pronto y reconozca en mí el rostro de mi tío. Quiero que me diga: "Te pareces a él, tú eres su sobrino?, pensé que eras un niño, ¿qué tienes unos 16-17? Siempre hablaba de ti, Decía que ibas a ser un gran ingeniero y que no le importaba no tener hijos porque te tenía a ti". Pero no sucede. La señora me mira y me dice: "¿Vas a querer una quesadilla o nomás andas de mirón?".

Saco de la mochila el periódico, busco la foto del tío, la he visto unas diez mil veces ya. Trato de reconocerlo todo. Él estaba parado ahí. Ella estaba tirada acá, el chofer cayó allá. Volteo a ver el semáforo y veo la cámara, ésa, ésa fue la que grabó todo, de ahí salió esta foto. "Para eso sirve la tecnología, para que veamos cómo nos

va a llevar la chingada", escucho de nuevo lo último que le oí al tío esta mañana.

Todo está en la foto. El cuerpo, la gente, el morbo. El tío. El tío. La única figura estática en la imagen. Su gorra, su pararse encorvado. Sus pies bien juntos.

Me siento en la banqueta, dejo caer la mochila y todo lo que llevo dentro. ¿Por qué mi tío le pegó un tiro al chofer, por qué no le dio un golpe, una patada, por qué no le rompió el hocico nada más? Bebo una última vez. Bebo y me sabe amargo. Todo me sabe amargo: mi tío va acabar en la cárcel o muerto.



Run for life

para Sofia

Eres rápida, ¿lo sabes? Me dijeron cuando niña. Ser rápida se convirtió en parte de mi vida. Me inscribí en mi primera carrera a los 17 y desde entonces ha sido una competencia tras otra. Para muchas cosas en la vida me mantengo en un perfil bajo, me muevo como si fuera invisible, ocurre también con las carreras. Nunca me ha gustado ser protagonista, no veo en mí una ganadora. Soy sólo una corredora. Lo hago por una razón simple: el placer de correr. Practico una hora cada mañana. Abro los ojos, me levanto y lo primero es ponerme pants, camiseta y mis adidas. Lo hago incluso antes de lavarme la cara o cepillarme los dientes. Mi rutina diaria. Caliento un poco, estiro las piernas, hago círculos con los tobillos, un par de sentadillas y luego: corro. Una hora que no se siente como una hora, se siente como una eternidad o como el minuto más corto, depende siempre de mi ánimo. Regreso a casa: baño, desayuno y al trabajo. Me gusta sentir ese ligerísimo dolor en la pantorrilla mientras acelero o freno en mi auto, cuando subo y bajo las escaleras en la oficina. Hay otros, muchos otros movimientos que me recuerdan mi carrera de la mañana y la del día siguiente. Correr es mi vida.

Nenitas

Si me estoy preparando para alguna competencia aumento tiempo, distancia o ambos. En esos días, los previos a la carrera, soy otra. Me devora un humor extraño, no hablo, voy de la casa al trabajo y al revés. Tampoco es que salga mucho en realidad. Esté donde esté, recorro espacios con la mente, dibujo la competencia y hago de mí una muñequita de papel que corre. En mi cabeza no hay nadie más, sólo yo, sólo yo en esa línea recta o sinuosa. Reconstruyo, también, esa sensación que acompaña el correr, ese estallido de pulmones, ese quemar que te llega por un costado, el hervir de la sangre, el frío del sudor. Todo, todo eso lo traigo a mí cuando no corro. Es lo que me da vida. En esos días creo que no soy muy buena compañía. Aunque nunca soy buena compañía. Me lo decía mi único novio con la mirada. Me lo dicen los gestos de la gente en mi oficina cuando se juntan a comer bocadillos por el cumpleaños de alguien. Nada importa, tengo mi correr. Me gusta preparar listas de música para que me acompañen en mis entrenamientos. Todas, absolutamente todas inician con la misma canción de Iggy Pop: "Lust for Life". La canto y escucho como si él dijera Run for Life. Es mi himno, es el tiro al cielo que me dice corre; es mi campanada, es mi ensusmarcaslistosfuera.

Ya sé que es un lugar común decir que no debe correrse para ganar, sino para llegar al final. Pero así es, así lo siento yo. El goce de cruzar la meta. Ese latir de piel que se siente en cada zancada. El mundo se detiene al correr. Nada existe o todo existe pero está ahí sin estar, una misma imagen alargada que veo apenas de reojo.

En el correr también existe dolor. Hay uno que aparece en un lugar u otro del cuerpo sin que yo pueda controlarlo. Me ha ocurrido en algún maratón. Llega primero como un calambre, puede ser en una pantorrilla o en ambas, o bien un tirón que sube hasta la cadera, tal vez un brazo. Es indescriptible. Una descarga eléctrica que

descontrola tu cuerpo. Es un dolor que dice: cuidado. Sé entonces que debo bajar un poco, velocidad, intensidad, sé que es momento de reservar energía para el último tramo. Dejar la carrera nunca ha sido opción.

Pero hablaba del dolor, hay otro, uno más profundo. Uno que es el cuerpo mismo. Es distinto al otro, no es impredecible. A éste lo conozco bien, lo sé de memoria. Es un dolor que porque conozco, busco. Lo traigo a mí cuando pierdo el aliento, cuando siento la angustia en la garganta y creo que estoy a punto de darme por vencida.

Una película corre en mi mente. Estoy ahí tengo ¿diez, once años?, mi papá me ha llevado a ese camping con el resto de sus amigos. Algunos también llevan a sus hijos, soy la única chica. Cae la tarde, después de una mañana de subir-bajar cerros, de jugar por aquí y por allá, nuestros padres asan los últimos pedazos de carne, beben aguardiente, hablan de esa época en que tenían nuestra edad. Nosotros hemos perdido interés y decidimos explorar. Soy la menor y avanzo lento, me tomo mi tiempo para observarlo todo. Ese tronco, esa piedra, esa primera estrella que se asoma cuando aún no oscurece. La película avanza veloz, de pronto ya es de noche y estoy sola. Estoy sola. Me he perdido. Miro a todos lados, veo el mismo árbol, sólo he estado dando vueltas. El mundo es redondo, pienso. Entonces aparece él, tiene una mochila en la espalda. ¿Estás bien? Su voz dulce. No sé cómo llegué aquí, mi voz de niña extraviada. Yo te ayudo a buscar tu campamento, su sonrisa amable. Me toma del brazo, su mano es cálida. Me siento segura. Hablamos, no recuerdo de qué, tampoco recuerdo en qué momento su mano sube y baja por mi brazo, se pasea en mi espalda. ¿Nos sentamos? Le digo que no. Ya quiero llegar. Siéntate. Ha dejado de sonreír. He dejado de sentirme segura. Me toma de los hombros, me sienta.

Nenitas

Su cara, sus manos. Todo. Tengo miedo. Se separa de mí unos instantes, se quita la mochila y de algún lugar de mi cuerpo surge una fuerza enorme, lo empujo y corro y corro y corro. Corro por mi vida. ¿A dónde vas?, su grito. Lo oigo: su voz, sus pasos, como si su aliento me soplara en el cuello, cerca tan cerca. Siento que no soy una niña sino un animalito que escapa, que huye. Sus palabras desaparecen y se vuelven ladridos, aullidos, nos hemos vuelto presa y cazador. Casi puedo sentir sus dedos pero yo corro y corro y corro. Eres rápida, ¿lo sabes? Entonces, tropiezo. El pavimento me frena, me aferra. No me quiere soltar. Dejo de ser un animalito, una niña, dejo de ser el pasado y soy el presente, soy una mujer que corre. Me levanto y corro. Corro, voy y vengo a mi pasado. Corro en esta máquina que es mi cuerpo. ¿Qué harán los otros para no dejarse caer, para ser más veloces?, ¿en qué piensan ellos mientras yo imagino que me cazan?

Cruzar la meta significa un triunfo para cualquiera, a mí me trae alivio, soy libre, nadie me hizo su presa esta vez. Gano incluso cuando no gano. Soy rápida, lo sé.

Hábitos de sueño

A su madre le parecía gracioso encontrar, de vez en cuando, a la pequeña Evelyn dormida en diversos puntos de la casa. Un día era un rincón de la sala, otro día el sillón de la estancia. Sus piecitos se asomaban debajo del escritorio o de la cama, de alguna vieja mesa. Incluso, Evelyn apareció alguna vez descansando dentro del clóset. Existen fotos que son testimonio de las siestas de la pequeña. Ésa, por ejemplo, en que Evelyn tiene seis años y está hecha bolita bajo el grifo del baño, cuelga en la sala.

Al principio se reprendía a la niña por no dormir en su cuarto. "¿Por qué, Evelyn, por qué?, ¿no te gusta tu cuarto?". Le decía su mamá. La niña sólo guardaba silencio. "Alégrate de que no le tema a la noche, mujer", decía Alberto. Alberto no era el padre de Evelyn pero la quería como a una hija, igual que su madre quería a Beto, el hijo de él. Beto y Evelyn tenían cuatro y dos años cuando supieron que serían hermanos.

Para todos en la familia se hizo costumbre averiguar dónde estaba dormida la niña. Beto era siempre el que la encontraba. Una y otra vez le preguntaban "¿por qué duermes ahí?" y ella siempre respondía "no sé". Beto respondía "es que está loquita, ¿verdad que estás loquita, Eve?" y acariciaba el hombro de su hermana, pasaba los dedos por su cabello, "bien loquita, estás bien loquita", le decía casi al oído. Todos reían. Sí, parecía una locura abandonar la cama de noche y dormir donde fuera.

Nenitas

Sí, había algo de locura y otro poco de valentía en Evelyn para animarse a recorrer esa casa. No era tarea sencilla. Una casa vieja con pasillos interminables, techos altos que creaban eco a cada paso. Por más que se limpiara, siempre había largas líneas de polvo, telarañas y olvido. Evelyn caminaba nocturna, le perdía el miedo a los ruidos que la noche sacaba del bolsillo. Sin importar cuánta experiencia tuviera ya deambulando por la casa, no se acostumbraba a los ruidos, siempre había uno nuevo, peor que el anterior. Evelyn recorría el lugar a ciegas, cada vez un camino distinto, cada vez un refugio diferente. Arrastraba con ella su muñeca y una cobija pequeña.

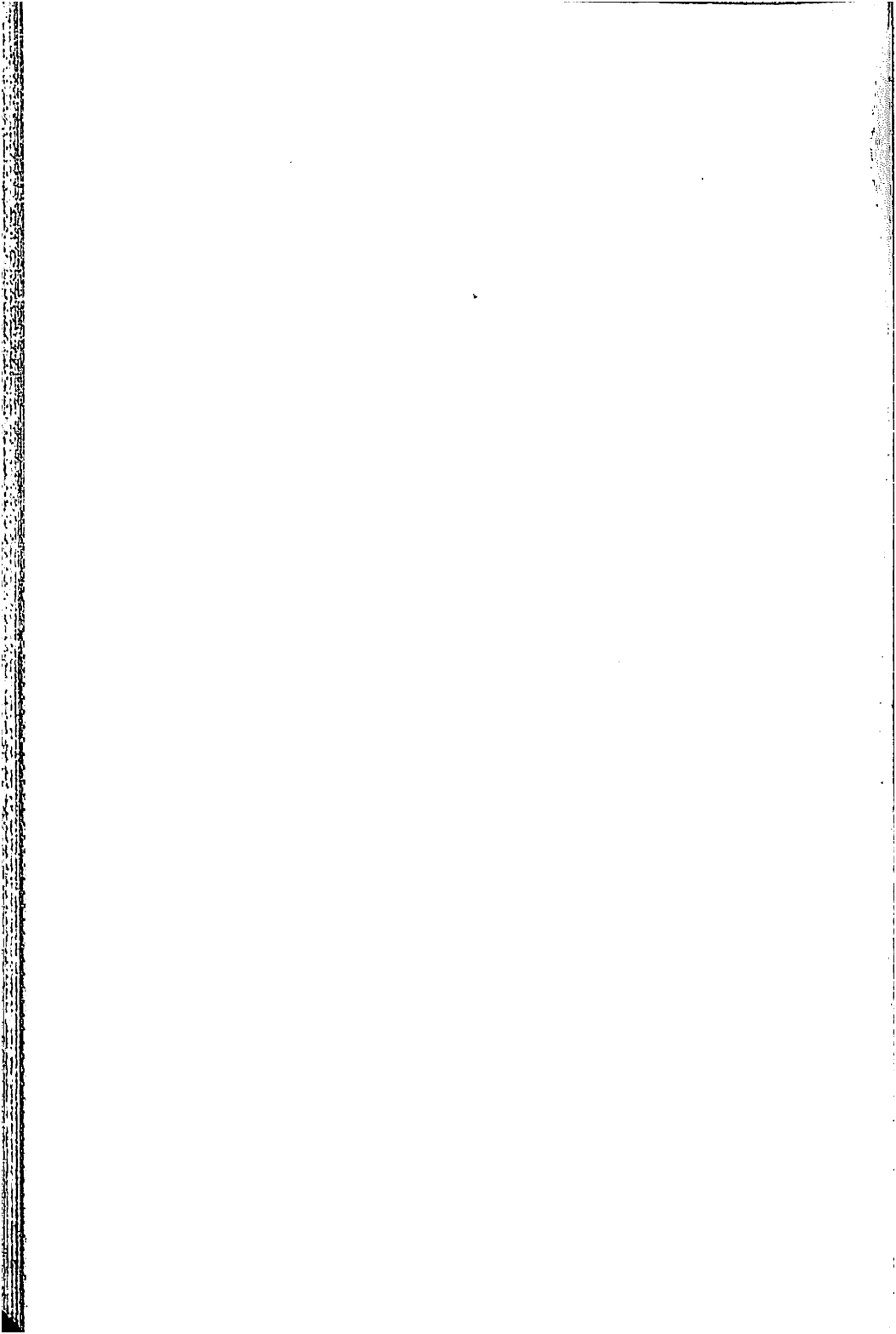
"Mira, Alberto, ahora se durmió a un lado de tu tele, ¡tómale foto!", decía Esther. Ya se dijo que hay toda una colección de imágenes que muestran a Evelyn durmiendo en los lugares menos imaginables. Su rostro dulce de ojos cerrados es el centro de cada foto, su cuerpo enroscado como una oruga bajo la lluvia.

Los años pasaron y en esas reuniones en que las familias comparten los secretos más íntimos, Esther y Alberto siempre platicaban la manía de la niña: "¡Una vez la encontramos dentro de la tina de baño!". Las risas no se hacían esperar. Un rincón siempre superaba al otro, un rincón era más gracioso que el anterior. Platicar los hábitos de sueño de Evelyn se volvió tradición.

Aún ahora, la anécdota se repite cada navidad. Siguen encontrándolo gracioso. Beto se acaricia el bigote y dice lo mismo: "Es que estaba loca, probablemente todavía lo estés, ¿estás loquita, Eve?" y trata de tocarla pero Evelyn no se deja. Se mantiene como siempre, callada, haciendo como que no sabe de qué le hablan.

Pero ellos insisten y sacan las fotos y las describen y repiten lo que hacía de niña y se ríen y se burlan y entonces Evelyn habla. Evelyn lo dice todo. Les dice que no estaba loca, que dormir fuera de cama no era una manía. Tampoco era un juego infantil. "Buscaba un lugar lejos, un lugar cualquiera, un lugar que hiciera distancia entre mi cuerpo y las manos, las manos curiosas, perversas, las manos que se acercaban cuando ustedes no miraban". Esther y Alberto se miran el uno al otro. El asombro y la certeza. "Esas manos, mamá, esas manos, si cierro los ojos las siento todavía, me tomaban del cuello, acariciaban mis muslos, ¿en serio no lo sabías?".

Beto no dice nada, su mirada está fija en el vaso que sostiene con las manos. Evelyn toma sus cosas, se pone el abrigo y se marcha. Cierra la puerta. Van a quedarse así, creyendo que está loca, que inventa cosas.



P y P

Paola y Paulina están en el mismo salón, sentadas una junto a la otra. No han intercambiado palabras porque no se conocen. Es su primer día de clases. Su primer día en la preparatoria. Las rodean rostros nuevos, ventanas limpias, se respira el aliento de un comienzo.

Paola tiene 16 años y le gustaría que los raspones del corazón pudieran cubrirse con curitas. Dibuja y sueña, sueña y dibuja "todo el santo día", como dice su mamá. Su vida es como un cuaderno con ilustraciones al margen que hablan de lo que le gusta. Todo lo que le gusta.

A Paola le da risa el ballet, pero piensa que Tchaikovsky es la onda. Toma fotos, lee "libros gordos y flacos", hace empanadas de guayaba con su abuela y dice que un día hará un recetario familiar. Tiene un pasado norteamericano, un presente mexicano y busca un futuro italiano (francés, chino o egipcio).

Paulina tiene 16 años y le gustaría que existiera un marcador gigante para tachar los peores momentos de tu vida. Escribe y piensa, piensa y escribe, "¿otra libreta más?", le dice su papá en la tienda. Su vida se ha ido llenando de discos viejos, de versos de e.e. cummings, de palabras de viento. De mucho viento.

Paulina hacía ballet de niña y leyó la biografía de Tchaikovsky. Ve películas, escribe poemas, hace figuras de barro y dice que un día vivirá sólo del arte, su mamá se ríe. Tiene un pasado mexicano, un presente mexicano pero un futuro maravillosamente incierto, dice.

Nenitas

Paola tiene el cabello negro y rizado (una mata de vello púbico, piensa sin decírselo a nadie), usa lentes como los de John Lennon, dice que si un día tiene, le pondrá Yoko Ono a una hija o a una mascota, lo que llegue primero. No entiende la vida sin sandalias y dice que las faldas, los vestidos y las blusas con flores son innecesarias.

Paulina tiene el cabello castaño y lacio, se lo corta cerca de la oreja siempre. Usa lentes de armazón negro, entiende la vida porque existen los tenis, la mezclilla y las camisetas negras. Si tuviera que elegir diría que, de los Beatles, el mejor es Ringo, le gusta la gente que, como él, se mantiene al fondo.

Paola y Paulina caminan como quien se siente bien todo el tiempo, pero en realidad por dentro les carcome la ansiedad por el futuro próximo: la preparatoria. ¿Cómo se sobrevive la prepa cuando se es diferente? ¿Cómo, si no se cree en la música pop o en las películas de vampiros adolescentes? Paola y Paulina pasaron la noche en vela pensando en los próximos tres años de sus vidas en esta preparatoria. Miran a los otros integrantes del salón, por un lado las Cover Girls, como las llamará después Paola... por el otro: los Plastic Boys, como los bautizará Paulina. *Los otros*, terminarán por llamarles las dos.

El primer maestro entra al aula, saluda, escribe su nombre y el de la clase que va a impartir. Paola y Paulina fingen atención pero las dos se han dado cuenta que escribió matemáticas así, sin acento. Una se dice en voz baja: no mames, sin acento. La otra escucha y dice ¡sí y estos son los encargados de nuestra educación! Ambas sueltan una carcajada, el maestro las calla. Una reta y dice: es que no le puso acento a matemáticas. En la segunda a, agrega la otra. Ambas son enviadas a la dirección. Demasiado pronto, piensan,

Nenitas

Paola tiene el cabello negro y rizado (una mata de vello púbico, piensa sin decírselo a nadie), usa lentes como los de John Lennon, dice que si un día tiene, le pondrá Yoko Ono a una hija o a una mascota, lo que llegue primero. No entiende la vida sin sandalias y dice que las faldas, los vestidos y las blusas con flores son innecesarias.

Paulina tiene el cabello castaño y lacio, se lo corta cerca de la oreja siempre. Usa lentes de armazón negro, entiende la vida porque existen los tenis, la mezclilla y las camisetas negras. Si tuviera que elegir diría que, de los Beatles, el mejor es Ringo, le gusta la gente que, como él, se mantiene al fondo.

Paola y Paulina caminan como quien se siente bien todo el tiempo, pero en realidad por dentro les carcome la ansiedad por el futuro próximo: la preparatoria. ¿Cómo se sobrevive la prepa cuando se es diferente? ¿Cómo, si no se cree en la música pop o en las películas de vampiros adolescentes? Paola y Paulina pasaron la noche en vela pensando en los próximos tres años de sus vidas en esta preparatoria. Miran a los otros integrantes del salón, por un lado las Cover Girls, como las llamará después Paola... por el otro: los Plastic Boys, como los bautizará Paulina. *Los otros*, terminarán por llamarles las dos.

El primer maestro entra al aula, saluda, escribe su nombre y el de la clase que va a impartir. Paola y Paulina fingen atención pero las dos se han dado cuenta que escribió matemáticas así, sin acento. Una se dice en voz baja: no mames, sin acento. La otra escucha y dice ¡sí y estos son los encargados de nuestra educación! Ambas sueltan una carcajada, el maestro las calla. Una reta y dice: es que no le puso acento a matemáticas. En la segunda a, agrega la otra. Ambas son enviadas a la dirección. Demasiado pronto, piensan,

pero lo que no se ha dicho es que ambas están acostumbradas a esto. Cuántas veces no las reprendieron o las pusieron a hacer planas o las mandaron a la dirección por esto o por aquello. Cada una siempre implicó un dolor de cabeza a padres y maestros.

Mientras caminan Paola y Paulina intercambian nombres, se cuentan lo que se puede contar en una caminata de siete minutos. Lo que les dijeron en la dirección no importa, importa lo que se dijeron la una a la otra mientras esperaban a la prefecta. Pronto, muy pronto, descubrieron que la *p* y la *a* no eran lo único que se parecía en ellas. A la mitad de ese primer día ya habían intercambiado números, correos.

Pronto, realmente pronto, comenzarán a pasar la tarde juntas; hacer tarea es el pretexto para verse, para hablar. Irán al cine, tomarán café frappé y caminarán hasta la casa de la una o de la otra. Los fines de semana familiares interrumpen ese diálogo que parece interminable.

Meses después irán descubriéndose aún más, entenderán de a poquitos qué es lo que a una le gusta de la otra y por qué, eso les tomará tiempo, dos, tres, cuatro semestres para aventurarse, reconocer el olor y la piel; primero será un rozarse las rodillas bajo la mesa, luego cariños en el brazo con la punta de un lápiz. Después, como no queriendo, un abrazo más prolongado que de costumbre, un beso destinado a la mejilla pero depositado en la pura orilla de los labios.

Algún día, P y P será una marca en un pupitre, un rayón en un baño. La burla de *los otros*. Pero para entonces P y P será una larga línea de distancia, de tiempo y silencio.

Nenitas

Paola estudia medicina, como su papá. Ya no cocina con su abuela. Dibuja en su palma los nombres de las terminaciones nerviosas de su mano. Duerme poco, estudia mucho. Tiene un novio al que ve cada tercer día.

Paulina estudia comunicación. Escribe de vez en cuando. Conduce un programa en la radio de la escuela y a veces dice: "esta canción es para la otra P". No tiene novio y tiene claro que nunca, nunca lo tendrá.

El mundo después del agua

Estaba tan a gusto ahí en el agua, y de pronto, esto. Justo ahora. Tenía meses sintiéndose otra, una versión más alegre de sí misma. No le importaba que dijeran "¡qué locura, a su edad y en natación!". Tampoco se detenía a pensar en cómo se veía su cuerpo dentro de un bañador, que su piel fuera, por efecto del agua, arruga sobre arruga. Mini, en la alberca, era feliz.

La sorpresa inició cuando su nieta la invitó, por enésima vez, a tomar la clase. ¿Quién era esa voz dentro de ella que dijo sí? La respuesta fue extraña para las dos. "¿En serio, en serio vendrás? Genial, Mini, genial, te gustará el lugar, la gente, el ambiente. Los que trabajamos ahí lo pasamos bomba... tú también".

La alberca se convirtió en un mundo lleno de vida, de reto, de aventura, de vida otra vez. Bomba. Los días de la clase, Mini amanecía de buen humor, se levantaba un poco más tarde que de costumbre. Desayunaba ligero. Trataba de mantener la calma pero, a decir verdad, se la pasaba mirando el reloj esperando que alguien en casa le dijera: "Mini, te llevo".

La alberca, la alberca y su sensación de frescura, de libertad, la alberca y las mujeres que, como ella, encontraban ahí un entusiasmo

Nenitas

difícil de encontrar a los casi setenta años. A su edad, la paz puede estar en cualquier lugar: en una siesta, al regar las plantas, tejer, bordar, coser, en un libro incluso... pero la alegría no está en todas partes. Porque se ha enviudado, porque no queda más.

La alegría, para Mini, es esta alberca y aquéllas que la comparten. Ahí está Angélica con su gorrita muy apretada cubriendo el cabello teñido de lila. Marcela y su no querer usar los dichosos goggles porque le marcan aquí, "¿viste?, aquí". Ara y su tramar cómo sonrojar al instructor. Susana moviendo la mano, señalando un reloj imaginario y reprochándole la tardanza. Mini odia llegar tarde, ocurre siempre que a última hora su hija y su esposo están en el ir y venir de quién la lleva y quién la recoge. Hoy les hizo el drama de "voy a tomar un taxi". Debería aprender a manejar, no es tarde para ello, ¿o sí?

La verdad es que no debería quejarse, con su hija vive bien. Tiene su propio cuarto y respetan sus cosas pero siempre quieren llevarla a todo, involucrarla en cuanto cosa y ella no tiene ganas. Ellos creen que es una depresión, los resabios del duelo por el abuelo y la casa propia. Pero no es eso. Si no sale no es porque esté deprimida, quedarse en el cuarto no es síntoma de sentirse ajena. No. Lo que ocurre es que ha pasado muchos años ya con familia, con cosas, con tanto que preparar, problemas que resolver y, caramba, quedar viuda después de años de ser enfermera y sirvienta, es un alivio. Claro, que eso no se lo puede decir a nadie, ¿qué pensarían? Así que mejor eso, que la imaginen triste y patrañas de ésas, que alguien diga "bajen un poco la voz que Mini está descansando". Mini tiene un cuarto propio, como decía la escritora ésa. Y en ese cuarto tiene los muebles que necesita, las fotos que necesita, la ropa que necesita. La vida que desde cuándo necesitaba. Aquí está bien.

Lo que llena ahora su vida es la alberca. Y es que en serio, no puede creer lo cómoda que se siente, lo poco que le estorba caminar en bañador frente a chicos y chicas cien años menores que ella; en realidad a nadie le importa, incluso ella ya no piensa en su cuerpo dentro y fuera del traje, en sus muslos gruesos, su piel de naranja, las venas que marcan sus pantorrillas, en todo, todo, todo lo que cuelga. No se detiene a pensar en nada, cruza el gimnasio con el único deseo de llegar a la piscina, bajar esa pequeña escalera y sentir. Sentir cómo el agua la rodea de a poco. El agua la jala de los tobillos, aprehende sus muslos. "Ven", le dice.

Nunca le ha dicho a nadie de su oscuro y secreto deseo de lanzarse alguna vez del trampolín. Si bajar la escalera le brinda una especie de excitación, seguramente el trampolín la multiplicaría. Energía, fuerza, velocidad, palabras que hace mucho la abandonaron y que vuelven ahora, pequeñas, a hacerle cosquillas en la planta del pie. Un día nadaría como los de aquel carril. Resplandecientes en el agua, los chicos estiran los brazos, las piernas, se deslizan como si nada, cabezas hundidas, apenas un giro de cuello para la bocanada. Nadan y antes de tocar la orilla se sumergen más, voltereta y de regreso al carril. No se engaña, sabe que no podrá hacer eso nunca pero le gusta pensar que sí.

Mini se sumerge por completo, ha olvidado los goggles pero no importa, abre los ojos, disfruta ese paisaje de cuerpos borrosos como el suyo, piernas lentas, grandes, piernas con los años y la vida y el tiempo encima. El silencio bajo el agua, la lentitud... lo mejor viene ahora, surgir del agua, levantar la cabeza y descubrir el otro mundo, el mundo del ruido, del cuchicheo, las risas de las demás. Esa algarabía que no escuchaba desde sus años en el colegio, esa complicidad única. El mundo después del agua.

Nenitas

Las chicas, increíble que les llame "chicas", le dicen que debería reunirse con ellas después de la clase. Mini sonrío, no dice que no. Tampoco que sí. No quiere llevar esto afuera. Así, así dentro del agua es como quiere las cosas. Porque luego ocurre lo de siempre, hablar de los problemas, quejarse del marido, volverse a casa cargando problemas de otros, y luego todo se viene abajo. Así y ahora está bien. "Ay, Minerva qué aguafiestas eres!". Ignora el comentario, toma el flotador como todas las demás y escucha lo que dice el instructor. Primero círculos con los brazos. Así, uno, dos, tres... y ahora otros diez al revés. Perfecto. Vamos a las piernas, adelante, atrás, adelante, atrás, disfruten el jalón. Bien, ahora vamos a practicar la respiración. "¿Boca a boca?", juguetea Ara. "Ay, Ara, ya va a empezar". Las viejitas inofensivas parecen adolescentes.

Se ponen en hilera, cada una a su lugar. "Van a patalear tomadas bien de la orilla. Uno, dos, uno, dos". Mientras el chas-chas de su chapoteo de piernas, una le dice a otra que preparó unas espinacas con almendra, otra más dice "espinacas las que hacía mi mamá". Se escucha una receta, luego otra. Alguna dice "dejen de hablar de comida que ya me dio hambre", una más replica que cuando llegue a casa se calentará el cocido del mediodía. Ésta es la clase sin más ni menos. Mini escucha, de tanto en tanto participa. Las demás piensan que es suertuda por vivir con su hija, no las contradice. Sin embargo, nunca se lo ha dicho a su hija. Tal vez hoy se lo dirá cuando la recoja de la alberca. Sí, hoy le dirá gracias, le dirá te quiero, le dirá de la vida después del agua.

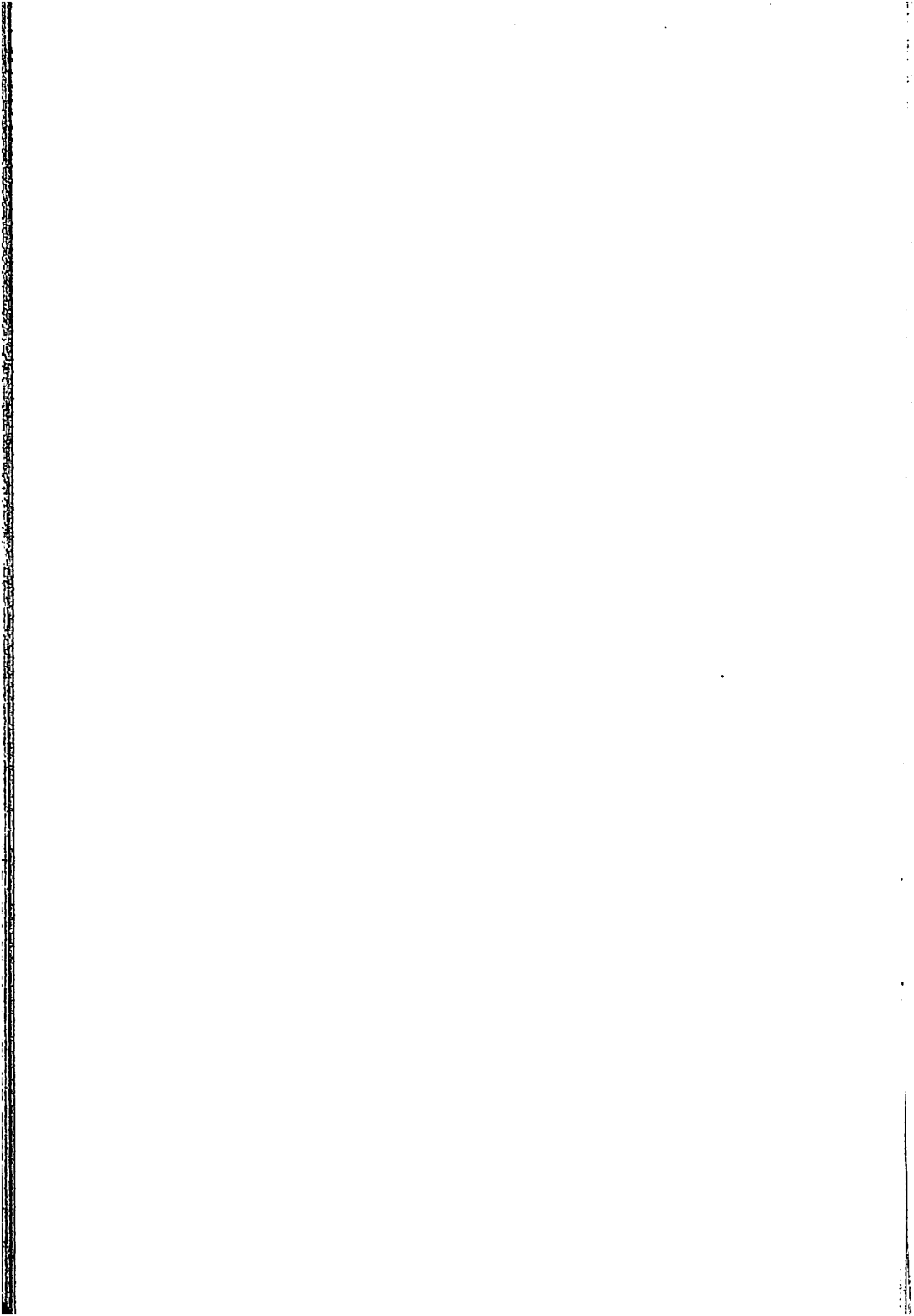
"Ahora señoras: a patalear en serio. Tomen su tabla, van a ir hasta la otra orilla, no olviden sacar el aire bajo el agua", dice el instructor. "Hijo, a nuestra edad lo único que hacemos es sacar el aire", admite Ara. Las risas. Mini está ahí por las risas. El primer día en

la alberca sintió terror, incomodidad y estaba a punto de irse y no volver hasta que oyó las primeras risas. Eso, las risas, la mantienen a flote.

Mini sumerge su cabeza. Mueve las piernas, una, otra, una, otra. Hoy se siente distinta. Hoy se ha dado cuenta de que es feliz, ¿hace cuánto que no lo era? Es increíble la ligereza aquí comparada con la lentitud fuera del agua. La lentitud con la que vivió tantos años, porque Joaquín era un buen marido pero no necesariamente un buen hombre. ¿Estará mal sentirse feliz? Su cuerpo pesaba tanto cuando él vivía y ahora, ahora es tan ligero incluso cuando no está en el agua. Nadar le da vida.

Mini quiere ser mejor. Se lo dice a sí misma y al determinarlo en su mente comienza a patallar más fuerte, más y más. Mini veloz. Expulsar aire, tomar aire, patallar. Ver la línea bajo su cuerpo, la línea que le dice cómo seguir al frente. No quiere irse chueco como las demás. Mini quiere ir recta, libre, tocar la otra orilla. Patatea, patatea con más fuerza. Siente otra vez ese pequeño dolor bajo el brazo. Es normal, se dice, tanto esfuerzo. Pero no importa, ella sigue, sigue porque bajo el agua es otra.

Cuando abrió los ojos, un círculo de rostros la rodeaba. Los desconocía. Lo último que recordaba era estar tan a gusto dentro del agua. No podía hablar. Ni moverse. "Minerva, Minerva, respira, ¿estás bien?". Mini desconocía su nombre, era tan largo, era tan pesado, no podía con él. Era tanto. Mini comenzó a ver todo borroso, comenzó a ver el mundo como bajo el agua.



Agradecimiento

Nenitas tiene una deuda enorme con Luis Arturo Ramos, escritor, lector y profesor certero, gracias a sus agudos comentarios estas *nenitas* fueron cobrando vida. Agradezco también a mis compañeros del taller de Ficción, sus notas a pie de página fueron lecciones de narrativa. Este libro fue posible gracias a los tres años de estancia en el Programa Bilingüe de Maestría de la Universidad de Texas en El Paso.

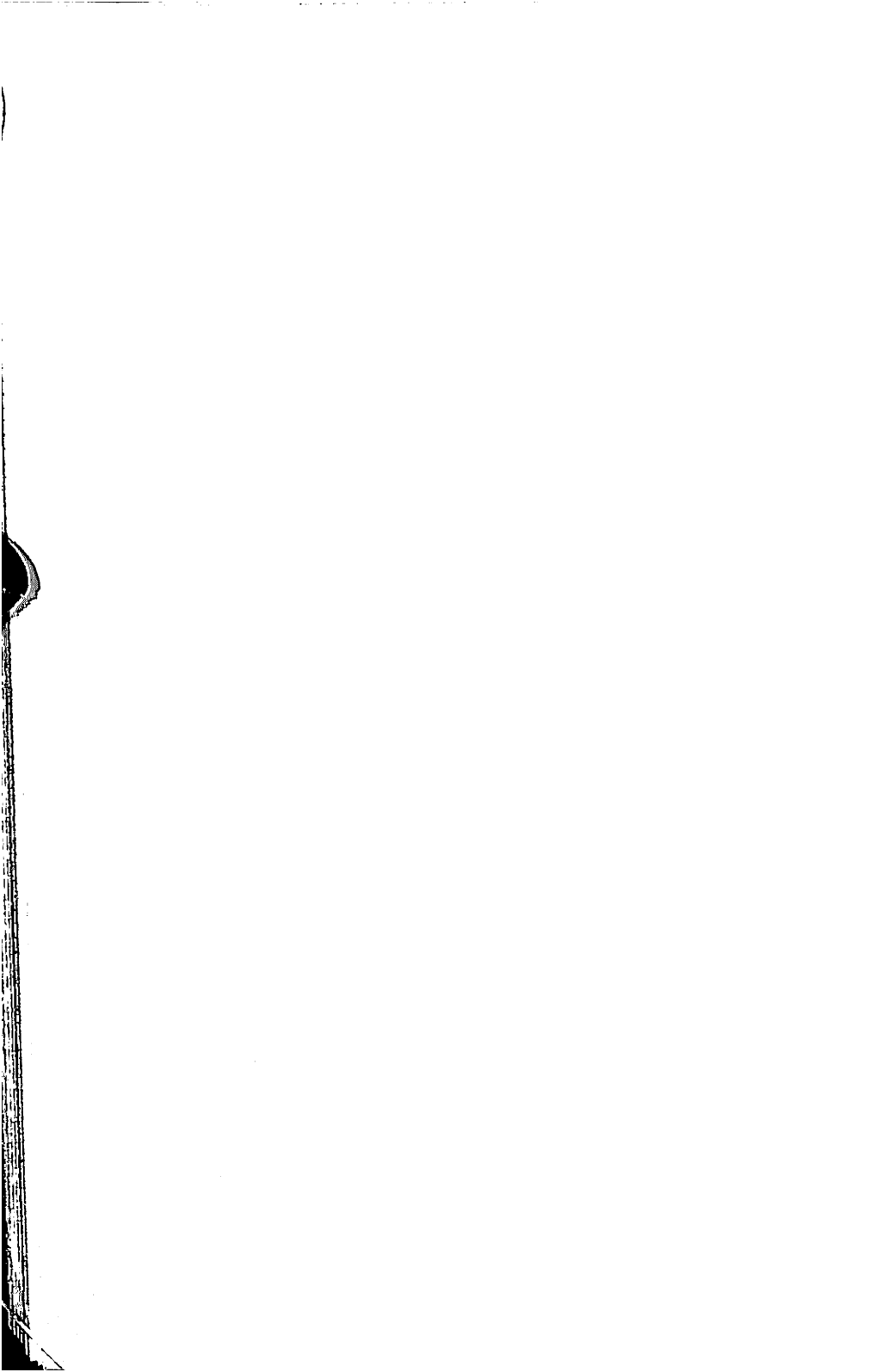


nenitas

se terminó de imprimir en 2016
en Impresos Punto y Color S.A. de C.V.
Lago Garda No. 100 bis, Col. Anáhuac
C. P. 11320. México D. F.
1 000 ejemplares.

Cuidado de la edición:
Lilia Barajas y Mauricio Bares
Nitro/Press





TÍTULOS RECIENTES

Lados B 2013 – Narrativa de alto riesgo
Antología

Charles Bukowski: Ellos quieren algo crudo.
30 años de entrevistas
David Stephen Calonne

Desde la tersa noche
Eusebio Ruvalcaba

Bisontes
Daniel Espartaco Sánchez

Lados B 2012 – Narrativa de alto riesgo
Antología

Esto no es una salida.
Postcards de ocio y odio
Rafa Saavedra

Veintiuno – Charlas con 20 escritores
Óscar Alarcón

Gasolina
Daniel Espartaco Sánchez

Ya no quiero ser mexicano
Mauricio Bares

Lados B 2011 – Narrativa de alto riesgo
Antología

Apuntes de un escritor malo
Mauricio Bares

editorial.nitropress@gmail.com



NITRO/PRESS



@NITROPRESS

ISBN: 978-607-8256-11-2



9 786078 1256112

— Cada cierto tiempo nos encontramos con libros que nos recuerdan el valor de la literatura, no porque reafirmen la que ya conocemos, sino porque la amplían al abrirse un lugar —bajo sus propios términos— dentro de ella.

Así sucede con *Nenitas*. Con valentía, sensibilidad y mucha inteligencia, Sylvia Aguilar Zéleny decidió escribir sobre un ámbito evadido por la mayoría de los escritores del país: nuestra vida diaria: esas tardes en casa con la ropa regada sobre los sillones y el cáncer de la niña, el alcoholismo de mamá, la sexualidad atribulada.

Nenitas es un ataque despiadado a un modo de vida en apariencia regional, pero que tiene mucho de universal, donde los roles paternos, maternos, de autoridad, o de ausencia o abuso de la misma, son lo cotidiano: es decir, aquello que determina nuestras vidas y la de nuestra sociedad. Una batalla que se oculta sagazmente tras la inocencia de su título y su estilo.

Sylvia Aguilar Zéleny halló las situaciones, los personajes y los finales precisos para las magníficas historias de *Nenitas*, pero sobre todo encontró la voz y el tono para meternos en ellas. Voz y tono que navegan con naturalidad de lo trágico a lo cómico, a lo tierno, a lo profundamente doloroso; no literariamente neutros, sino todo lo contrario, muy nuestros, son una voz y un tono que nos sumergen hasta tocar fondo, pero que están decididos a sacarnos a flote.



NITRO/PRESS



www.nitro-press.com



GOBIERNO DEL ESTADO DE
BAJA CALIFORNIA SUR
MEJOR FUTURO



BAJACALIFORNIA
GOBIERNO DEL ESTADO



Fondo Regional para la

Cultura y las Artes del Noroeste